

Tea 227-16

Luis de Caceres Delaraja - Gochis

137-13



Y

LUIS ONCENO,

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

Mr. Casimiro Delavigne,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

EN DIFERENTES METROS

POR DON PEDRO GOROSTIZA

Y CEPEDA.



Reg. 1958.

MADRID.

Imprenta de Repullés.

1836.

PERSONAS.

Luis Onceno.
El Delfin.
El duque de Nemur.
Comines.
Cotie, *médico del rey.*
San Francisco de Paula.
Oliveros.
Tristan, *gran preboste.*
Maria, *hija de Comines.*
El conde de Luda.
El cardenal de Albi.
El conde de Dreus.
El duque de Craon.
Marcelo, *aldeano.*
Marta, *su muger.*
Ricardo. } *aldeanos.*
Alberto. }
Crawford.

Dos escoceses, un mercader, un heraldo,
criados de palacio, clero, ricas hembras, ca-
balleros, pages &c.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de campo : en el fondo el castillo de Plésis á un lado, y algunas cabañas esparcidas aqui y alli. Se figura que es de noche.

ESCENA PRIMERA.

TRISTAN. RICARDO. GUARDÍAS.

Tris. **Q**uién eres? (*A Ricardo.*)

Ric. Un pastor.

Tris. Cuál es tu nombre?

Ric. Ricardo.

Tris. Dónde tienes tu morada?

Ric. Salgo de ella. (*Mostrando su choza.*)

Tris. Ninguno salir debe
á estas horas; el rey así lo manda.

Ric. Iba á llamar á un santo religioso
para un enfermo.

Tris. Vuelve á tu cabaña.

Ric. Es mi hijo, señor.

Tris. Vuélvete al punto.

Ric. Está espirando el infeliz.

Tris. Ya basta.

Obedece, sino de aquella encina
colgado te hallará la luz del alba.

Ric. Dios guarde al rey.

(*Aterrado, y retirándose á su choza.*)

ESCENA II.

TRISTAN. GUARDIAS.

*Una voz desde adentro. Quién vive?**Tris. Gran prevoste,**La voz. Alerta, centinela! Los de guardia,
ronda.**(Un oficial sale del castillo seguido de algunos
soldados.)**Oficial. Venid conmigo, ballesteros.**El Santo? (A Tristan.)**Tris. San Fidel.**Ofic. La seña?**Tris. Francia. (Entran todos en el castillo.)*

ESCENA III.

COMINES.

Tiene en la mano un rollo de pergamino, y va á sentarse al pie de una encina. Empieza á amanecer.

La sombra de estos árboles frondosos
asilo me dará; su solitaria,
misteriosa quietud, con mis tareas
se complace bien. Dichosa calma!
Solo resuena el canto de las aves
que despierta la luz de la mañana,
y el soldado escocés que por el oro
á un rey ageno vigilante guarda.
Volvamos á leer, pues nadie escucha.

(Abre el manuscrito.)

"Memorias de Comines." Si el monarca
viese este manuscrito, en que doy cuenta
á la posteridad de sus hazañas;
si oyera solo el título, qué pronto

descolorido y trémulo apartara
 los ojos por no ver tan fiel trasunto
 de su reinado! Sí: qué mezcla estraña
 (*Mientras lee, el médico Cotie pasa por el foro,
 mira á Comines, y entra en la cabaña de Ricardo*)
 de vicios y virtudes! unas veces
 ejemplo de valor, otras de infamia
 y cobardía; recibiendo ahora
 por su clemencia justas alabanzas,
 y cansando despues á los verdugos;
 ya humilde, ya altanero, al pueblo halaga,
 y á los grandes señores tiraniza:
 crédulo para el mal, llena su alma
 de sospechas: quién fue mas generoso?
 quién mas cruel? Sus manos cuán avaras!
 cuán pródigas! y todo sin concierto.
 Mas hoy, qué cuadro, santo Dios! Se cuaja
 (*Pasa al fin del manuscrito y le recorre.*)
 mi sangre al describir ese castillo
 de Plésis, sepultura abominada
 de un rey vivo. Párceme que á voces
 esta vitela pérvida declara
 todos cuantos arcanos le revelo,
 y dice cómo por vivir se afana
 cautivo entre las barras y cerrojos
 con que abruma esas torres y murallas.
 Por el terror gastado, y de si mismo
 verdugo, disputándole á la parca
 los tristes restos de una larga vida,
 juró no partir nunca su pesada
 diadema con ninguno, y envidioso
 de su hijo no vive, pero manda.
 Bien retratado está! (*Sigue embebido en su lectura.*)

ESCENA IV.

COMINES. COTIE, *saliendo de la cabaña y hablando con
 Ricardo y otros aldeanos.*

Cot. Con esas flores

:

- componed la benéfica tisana ;
 su aromático jugo del herido
 en poco tiempo calmará las ansias.
- Com.* Temblando de su imágen no hallaría
 (*Sin ver á Cotie.*)
 digno castigo á tanta semejanza.
- Cot.* Al noble dueño de Argenton saludo.
 (*Tocándole en el hombro.*)
- Com.* Sois vos, doctor? Embebecido estaba...
- Cot.* Y os vine á interrumpir?
- Com.* Deben temerse
 á la muerte de un rey grandes mudanzas.
- Cot.* Y es bien que lo mediten sus ministros.
- Com.* Pero vos, que atajais con mano sabia
 de los males del nuestro los estragos,
 y cada aurora en su presencia os halla,
 por qué mostráros hoy mas negligente?
- Cot.* Que se aguarde.
- Com.* Faltais á la sagrada
 obligacion de preferirle á todos.
- Cot.* Yo prefiero al que gime por su causa.
- Com.* Sois maldiciente.
- Cot.* Vos sois lisonjero.
- Com.* En esto no, mi corazon le ama.
 Pero de qué procede vuestro enojo?
- Cot.* De una insigne maldad. Ayer pasaba
 por aquí un pastorcillo; sin pensarlo
 volvió los ojos á ese horrible alcázar,
 y al punto un halletero por donaire
 le disparó una flecha enherbolada,
 que está cercano á parecer; ahora
 vengo de visitarle en su cabaña.
- Com.* Que se queje, y el rey le hará justicia.
- Cot.* Que enmudezca, ó Tristan le dará gracias.
- Com.* Acusad á ese monstruo enhorabuena.
- Cot.* Acuso al que le sufre, al que le paga.
- Com.* Pero el rey teme..
- Cot.* Sí, que le asesinen;
 y la muerte que tanto le acobarda
 se oculta en su seno, y el espanto

que infunde á todos, vuelve á sus entrañas;
 él de noche y de dia es su verdugo,
 él su justicia inquieta y sanguinaria
 emplea contra sí, dejando á todas
 sus numerosas víctimas vengadas.
 Desdichado Nemur!

Com. Fue delincuente.

Cot. Y yo le creo blanco de la saña.

Este tributo pago á su memoria:
 mis padres le servian; en su casa
 me crió, cual si fuera prenda suya;
 él cultivó mi aplicacion temprana;
 á Mompeller sus dones me llevaron,
 y me abrieron de Hipócrates las aulas.
 Mas ah! de la pobreza y el olvido
 la borla doctoral no me libraba.
 Nemur me trajo entonces á la corte,
 en donde la fortuna al fin cansada
 de hacerme daño, me colmó de bienes.
 Nemur de todos fue la primer causa,
 el principal autor. Y yo, infelice!
 no pude moderar la ciega rabia
 de un príncipe cruel que le temía,
 que su gran patrimonio codiciaba.
 Yo vi... pero qué digo? El pueblo entero
 de París con asombro vió en la plaza
 del público mercado al descendiente
 de Clodoveo, al deudo de la rama
 que ocupa el trono, dar sin iumutarse
 el noble cuello, del sayon al hacha.

Com. Pero...

Cot. Esperad. Al pie del enlutado
 horroroso patibulo se hallaban
 los hijuelos del mísero; la sangre
 paterna resvalando por las tablas
 caía en sus cabezas; y el rey mismo
 lo veía, y la tierra no temblaba!

Com. Santiago Darmañac apoderarse
 quiso de la persona del morarca,
 y matar al delfin.

Cot. Vano pretesto!

Com. Le sentenció una junta.

Cot. Extraordinaria.

Y vive Dios, Comines, que me canso
de veros en materia tan probada
disimular conmigo. Si no fuera...
Mas para disculpar vuestras palabras
recuerdo vuestras obras.

Com. Yo...!

Cot. Vos mismo

me ayudásteis entonces con audacia
generosa á salvar uno á lo menos
de los hijos del duque; las infaustas
mazmorras de la lóbrega Bastilla
fueron la sepultura anticipada
de los demas.

Com. Cotie!

Cot. Solos estamos;

bien podeis deponer la cortesana
máscara que os deshonra, y atreveros
á llorar de un amigo la desgracia.

Com. De una afliccion estéril no hago alarde,
y callo las verdades cuando dañan.

Cot. Siempre las callareis, si con la vida
perdiendo al fin el miedo á los monarcas
y grandes de la tierra, vuestra sombra
no sale del sepulcro á publicarlas.

Com. Bien puede ser. Mas cuando de mi celo
prendas teneis que sin cesar os hablan,
qué importa que el estudio de las cortes
á disfrazar el rostro me enseñara?
Amigo antiguo de Nemur, acaso
en su infortunio le volví la espalda?
Me contenté, Cotie, despues de muerto,
con llorarle á escondidas? La venganza
del rey ya satisfecha os parecia,
ya sus hijos seguros se juzgaban;
quién os desengañó? qué voz prudente
con tiempo os reveló su suerte ingrata?
Uno solo creyó mi profecía,

y al punto, arrebatándole de Francia,
le trasladé á Borgoña, al seno mismo
de mi amante familia y de mi patria.

Cárlos, cuyo servicio decoroso
ojalá por ninguno yo trocara!

Cárlos, á quien llamaron temerario
los que su heróica intrepidez no abarcan,
al fugitivo agasajó en Perona,
como á un huésped fatal que le llevaba
solo en su nombre un poderoso auxilio
contra un competidor. Si tan contraria
no fue despues al jóven su fortuna,
cuanto mas procuré que la enmendara,
tanto mas á su padre vitupero.

Vos en palacio discurrís sin trabas,
y nada aventurais en ser valiente;
á mí me cupo suerte menos blanda:
sois médico del rey, si le hablais tiembla;
yo su ministro, tiemblo si me habla.

Cot. Y decidme tambien os hizo el miedo
aceptar una parte nada escasa
del botin del difunto; herencia pingüe,
pero con sangre y lágrimas regada!

Com. Mi hija, desposándose algun dia
con Nemur, pues entrambos se idolatran,
le volverá un depósito sagrado.
Ella solo su pena consolaba
en el destierro; yo, cuando lo supe,
resolví de su lado separarla,
dejando para tiempos mas dichosos
unas bodas que fueran hoy aciagas.

Cot. Para cuando no exista?

Com. Quién? Silencio.

(*Cotie señala las torres del castillo.*)

Pero ya que sabeis lo que prepara
mi prudencia, decidme, qué os parece
de este himeneo?

Cot. digno de alabanza;
obra de un tierno padre, y juntamente
de un político astuto que derrama

con tiempo una semilla productora ;
 sí, de los Darmañques la pasada
 grandeza puede renacer; de Cárlos
 supo Nemur subir á la privanza;
 tambien de los soldados es querido;
 un hierno tal los beneficios paga,
 y si vuestra fortuna se nublase
 os asegura un puerto en la borrasca.

Com. No creí que por vos mis intenciones
 fuesen tan duramente interpretadas:
 por qué no me pintais con esos vivos
 matices en palacio?

Cot. No me hablara

Comines sin rebozo si no hiciese
 de mi fiel amistad mas confianza.
 No hay duda; á veces mis amigos oyen
 de mi boca verdades muy amargas,
 mas es hablando á solas.

Com. A lo menos

al moribundo rey no digais tantas.

Cot. Cuándo, pues, las oyera en el sepulcro?

Com. Sed su apoyo.

Cot. Si no le atormentara,

él fuera mi tormento, mi tirano.

Y qué, no lo es? Hay vida mas esclava
 que la mia? No abusa ese caduco
 de su poder echando á mi garganta
 una argolla de bronce? Oh si pudieran
 los que envidian mi suerte disfrutarla!
 No tengo voluntad; otro es mi dueño,
 y dispone de mí segun le agrada;
 si estoy en su presencia me importuna,
 si me ausento maldice mi tardanza;
 yo he de moverme siempre que se mueve,
 yo he de pararme siempre que se pára;
 hasta de mi salud le pesa, y gimo
 doblado bajo mas pesada carga
 que la de los esclavos con galones
 que su litera llevan en la espalda.
 Confinado con él en ese triste

recinto, cuando advierte que se apaga
 su razon con el dia, cuando suenan
 los puentes y rastrillos que no bastan
 á serenar su espíritu, sentado
 á los pies ha de verme de su cama,
 que los remordimientos temblar hacen,
 donde no menos su dolencia agravan
 los sueños vengadores, que la ardiente
 vigilia. Mas si tal es mi desgracia,
 si de noche sus ayes me acongojan,
 si de dia su negro humor me cansa,
 no imagineis que sufro sin vengarme,
 no; pues cuando venciendo esa fantasma
 impostora el dolor que la destruye
 aparenta la vida que le falta,
 me burlo sin piedad de unos esfuerzos
 inútiles que ya á ninguno engañan:
 como él á mí, le hago infeliz, le pago
 en terror el fastidio que me causa,
 y así vivimos juntos para hacernos
 el uno al otro la existencia amarga,
 hasta que roto el enfadoso nudo
 que nos oprime, esgrima su guadaña
 la muerte, se apodere de su vida,
 y me vuelva la que otro me usurpaba.

Com. Alguien se acerca; amigo, conteneos.

Cot. Temeis á vuestra hija?

ESCENA V.

DICHOS. MARÍA.

Com. Oh prenda amada!

Me buscabas á mí?

María. Sí, padre mio;

salud, doctor; da buenas esperanzas
 el rey?

Cot. Mucho su espíritu le aynda;
 así para sufrirle me ayudara
 el mio.

Maria. Presumís que vuestra ciencia
de su mal vencerá la pertinacia?

Cot. En donde no hay naturaleza, poco
la ciencia de los hombres adelanta.

Maria. Qué hace?

Cot. Cual siempre, no tener sosiego,
y quejarse de cuantos le acompañan;
de vos, de mí, de vuestro padre...

Maria. Él mismo
permitió que un instante me ausentara.

Com. No pudo resistir á tu deseo
de ver al hombre Santo que de Italia
viene á darle la vida; mas al punto
que te fuiste, de tí ya murmuraba.

Cot. Así los reyes son.

Com. Aprisionado
por el temor en esa torre opaca,
tu festiva inocencia le entretiene,
y sus dolores ímprobos amansa.

Cot. Con que venís de ver á ese Francisco
de Paula, cuyo tránsito y llegada
en cada monasterio, en cada aldea
celebran con repique las campanas?
De su retiro á su pesar sacado,
solo él puede, si Roma no se engaña,
curar al rey, cuya salud endeble
se desmorona en nuestras manos flacas.
Pues que le cure, y nos desaire á todos;
por maestro mi boca le proclama
si á un alma en pena rescita, y vuelve
á un árbol seco la perdida savia.

Maria. Podeis dudarlo? Qué, á vuestros oídos
de sus portentos no llegó la fama?
En Fondi un paralítico tocado
por la mano del Santo, al punto sana;
se echa á sus pies una muger en Roma,
y al enemigo de su cuerpo lanza;
si él quiere, si por ellos á Dios ruega,
los ciegos ven la luz tan deseada,
los mudos le responden, los tullidos,

los cojos ya curados le acompañan,
y hasta sobre los muertos tiene imperio,
y salen del sepulcro si los llama.

Cot. Os creo.

Maria. Y sin embargo, cuán sencillo
en medio del concurso se mostraba!
Nada de los demas le distinguia,
ni el cetro pastoral con que declaran
las potencias del cónclave su mando,
ni la mitra de joyas empedrada,
ni el ropage talar en luengos pliegues
ostentando la púrpura cristiana,
y pidiendo socorro al brazo ageno:
su báculo de oro es una estaca,
su cortesano traje un sayal tosco,
su calzado unas pobres alpargatas;
asi viene, asi estaba en su retiro.

Cot. Si es tan humilde, qué dirá en voz baja
de la rica litera y los cojines
de damasco y de pluma que las canas
pasean del obispo turonense?
ó bien de la andadura reposada
y grave del caballo de regalo
que monta el que apacienta la cabaña
de Viena?

Maria. Entrambos iban á los lados
del Santo á pie. Nuestro delfin guiaba
la comitiva hácia esta fortaleza;
detras de las aldeas inmediatas
los párrocos seguian entonando
del católico rito las plegarias.
Los nobles paladines, los los señores
de pendon y caldera caminaban,
éste la mano puesta sobre un page,
el otro su montura enjaezada
de las riendas llevando. El blanco velo
de nuestras ricas hembras ondeaba
en medio de los ramos y las flores,
y de los reposteros con las armas
reales. Las banderas con las lises

en el escudo azul se prosternaban
 al acercarse el Santo, precedido
 de la cruz, que á lo alto levantada
 rayos como el sol puro despedía.
 Cien rapaces en torno le incensaban,
 y el pueblo recibía arrodillado
 sus bendiciones. Yo maravillada
 los seguí largo trecho con mi dueña;
 mas luego al revolver de la montaña,
 echando el palafren por una trocha,
 he venido á contaros lo que pasa.

Com. Corramos, pues, á dar al rey noticia
 de todo.

Maria. Padre, oidme una palabra. (*A Comines.*)

Cot. Mientras, yo iré á decírselo.

Com. Por ese excesivo favor os damos gracias.

Cot. El amo se estará ya consumiendo,
 y junto al quicio de la puerta falsa,
 que para él solo y para mí se abre,
 se acordará hace tiempo de que aguarda,
 siendo mi rey.

Com. Sabrá de vuestra boca
 todo lo que María deseaba
 referirle.

Cot. Lo entiendo; mas si acaso
 recompensa benigno mi eficacia
 con algunos presentes, las albricias
 repartiremos.

Com. Yo no pido nada.

Cot. No, pero lo aceptais. A Dios, amigo.
 (*Dándole la mano.*)

ESCENA VI.

DICHOS, menos COTIE.

Maria. No puedo acostumbrarme á sus pesadas
 burlas. Todo á su modo lo interpreta.

Com. Es preciso aguantarle, pues le aguanta

su magestad. Mas ya solos estamos;
tu secreto descubre sin tardanza.

Maria. Le podeis inferir de mi alegría.

Com. No adivino qué dicha extraordinaria...

Maria. Dicha! Sí, para vos.

Com. Para mí solo?

Maria. Llegó el embajador que se esperaba
de Borgoña. Su séquito lucido
de la aldea no cabe ya en las casas;
todo lo he visto, acémilas, caballos,
armas, farautes.

Com. Y él cómo se llama?

Maria. El conde de Retél; así le nombra
un doncel muy garrido que llevaba
el estandarte de su dueño, en donde
mostrándose vasallo de la Francia,
el dorado leon bajo el emblema
de nuestros reyes con furor se lanza.

Com. El conde de Retél! De esa familia
antigua y poderosa no quedaba
heredero ninguno; yo á lo menos
nunca en Perona le encontré, y me pasma
no conocerle.

Maria. Deja, según dicen,
á su señor al pie de las murallas
de Nanci con designio de rendirlas;
todos los nobles de Borgoña se hallan
en sus reales.

Com. Y Nemur sin duda. (*Sonriéndose.*)

Maria. Pronto recibireis alguna carta
que os tranquilice acerca de la suerte
de un proscripto.

Com. Y nos pruebe su constancia
en querer bien.

Maria. Presumo que á mi afecto,
aunque sincera su pasión no iguala.
Cuantas veces la imágen le propuse
en vos de un tierno padre que la falta
del suyo supliria, su respuesta
era tan solo una sonrisa amarga.

Siempre ceñudo, huyendo de la corte,
de sus heróicas luchas, de sus vanas
diversiones venganza repetía;
escondido en los templos, la turbada
vista en la cruz del Salvador clavando,
qué prometía sin cesar? Venganza.
Si nombraban á Luis se estremecía,
y profiriendo horribles amenazas
echaba mano á su puñal.

Com. Y cómo
tú no le contenías?

Maria. Yo lloraba,
y él mis lágrimas tristes enjugando,
con gran ternura me llamaba hermana.

Com. Debiera reprimir esos furoros,
dejando que la muerte le vengara.
En un reinado nuevo su fortuna
puede trocarse.

Maria. Tengo esa esperanza,
y creo que si yo se lo rogase
al delfín...

Com. El delfín solo se halla
contento al lado tuyo, no lo ignoro,
y que te muestra acaso demasiada
inclinación.

Maria. Qué importa? si es un niño.

Com. Ese niño será dueño de Francia.

Maria. Y he de huir de su vista, cuando viene
á preguntarme cómo se llamaban
sus mayores, cubierto de vergüenza,
y con razón llorando su ignorancia?

Com. Es la muger maestra peligrosa,
y de su parte empresa temeraria
enseñar á un discípulo tan noble.
Teme la vanidad, hija adorada:
Inés Sorél, milagro de hermosura,
creyó cuando á su rey lecciones daba
de valor, conseguir eterna gloria.
Cuál fue su suerte? Verse deshonrada,
y humedecer con desabrido llanto

las amorosas cifras que bordaba
para engañarse. Un brazo poderoso,
cercándola de viles asechanzas,
coronó de su estrella la malicia;
y al fin murió la triste... envenenada.

Maria. Envenenada? Oh crimen execrable!
Quién fue capaz de atrocidad tamaña?

Com. Quién...? Ninguno, ninguno. Demos vuelta
al castillo.

Maria. No oís en la cercana
selva el piadoso cántico? Ya salen
de la espesura y la colina bajan.

Com. Volvámonos; el rey te echa de menos,
y sus pesares viéndote se aplacan.

ESCENA VII.

SAN FRANCISCO DE PAULA. EL DELFIN. NEMUR. RICARDO.
MARGELO. MARTA. ALBERTO. CLERO. RICAS HEMBRAS.
CABALLEROS. PUEBLO.

Coro de aldeanos. Dulce consuelo de afligidos,
De la piedad Madre y Señora,
No cierres, Virgen, los oídos
Cuando la voz del rey te implora.
Gran Dios! escucha los gemidos
De un pueblo humilde que te adora.
Pues en la fé mostró constancia,
Mirad por Francia.
Pues amparais la flor de lis,
Salvad á Luis.

S. Fran. Si, hijo mio, estoy dispuesto
(*A Nemur que se ha acercado á él.*)
á consolar su tristeza.
Disimule vuestra alteza (*Al delfín.*)
que le abandone tan presto;
pues si bien he de cumplir
de Dios con la santa ley,
tan aprisa como al rey

al pobre debo acudir.

Delf. Padre, lo que vos hagais
será siempre justo y santo;
quedaos, yo me adelanto,
y despues cuando vengais,
salir el rey determina
á encontraros diligente,
y humillar su augusta frente
á la Magestad divina.
Vamos. (*A los caballeros.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos EL DELFIN y su séquito.

Una aldeana. Sanad á mi Elena.

Ric. Qué os cuesta resucitar
á mi hijo?

Aldeana. Con tocar
su ropa, se pondrá buena.

Alb. Mucha salud.

Marta. Larga vida.

Ric. Entrad, padre, en mi cabaña,
que aunque no mueve pestaña
el infeliz, en seguida
saltará del atahud.

S. Fran. Levantad, hijos, del suelo;
tan solo el Señor del cielo
puede dar vida y salud.
A él solo pedir debeis
que remedie vuestro mal.
Yo soy un flaco mortal
como vosotros; bien veis
que necesito un apoyo
contra el peso de la edad,
contra tanta enfermedad,
que me van llevando al hoyo.
Hasta de andar tengo miedo;
lleno de canas estoy;

contemplando lo que soy,
 inferireis lo que puedo.
 Puedo, pues que soy humano,
 llorar del hombre los males,
 y los estragos fatales
 de la edad, pues soy anciano.
 Puedo del grande enemigo
 descubrir las traiciones,
 y contra nuestras pasiones
 mostraros un buen abrigo.
 Puedo por todos pedir;
 puedo sufrir con paciencia:
 este es mi poder. Mi ciencia
 consolar y bendecir.

Ric. Si yo fuese algun marqués (*A Marcelo.*)
 ya el chico sano estaria.

Marc. La vida le volveria.

S. Fran. Dejadme, amigos; despues
 iré á rezar con vosotros.

Marc. Qué apostamos á que sana (*A Ricardo.*)
 pronto al rey?

Ric. Pronto? Mañana.

Marc. Y no hacernos á nosotros
 un mal milagro! (*Los aldeanos se retiran.*)

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO. NEMUR.

S. Fran. Llegad.

Nem. Ninguno escucharme puede?

S. Fran. Dios y yo.

Nem. Pues os concede
 su divina Magestad
 cuanto le pedis, por mí
 haced oracion.

S. Fran. La haré.

Nem. Y que reposo me dé,
 si hoy mismo me llama á sí.

S. Fran. A vos, hijo! Pues qué daños

temeis en esta ocasion ?

Nem. Rogad por mi salvacion.

S. Fran. He vivido tantos años !

El sepulcro me reclama
antes que á vos; la hora incierta
está llamando á mi puerta.

Nem. Tambien á mi puerta llama.

S. Fran. De algun combate la suerte
por ventura os intimida ?

Nem. Cada paso en esta vida
es un paso hácia la muerte.

S. Fran. Los mozos lejos la ven.

Nem. En qué edad no nos alcanza ?

S. Fran. En la vuestra hay esperanza.

Nem. Y mas arrojado tambien;
mas es pues de recelar.

S. Fran. Osareis algun delirio ?

Nem. Que por medio del martirio
es forzoso ejecutar.

S. Fran. Un viejo en tanta fatiga
aconsejaros pudiera;
hablad.

Nem. No puedo aunque quiera.

S. Fran. Quién á callar os obliga ?

Nem. Me obliga el que me envió.

S. Fran. Quién es ese ? Con qué objeto ?

Nem. No quebrantar el secreto
juramos su sombra y yo.

S. Fran. Ah ! con designios fatales
venis, y ellos os condenan.

Nem. Cumpliré lo que me ordenan
las venganzas celestiales !

Cuando la sangre inocente
clama, sangre ha de correr !

S. Fran. Dejádsela, pues, verter
á Dios, que es omnipotente.

Nem. Si el crimen no castigara,
cómplice del crimen fuera;
ni su justicia existiera
si con exceso esperara.

- S. Fran.* Para ser inexorable
tiene Dios la eternidad;
ni existiera su bondad
sino esperase al culpable.
- Nem.* Un ministro del Señor
aprueba mi justa empresa.
- S. Fran.* Si es justa, la duda cesa.
- Nem.* Padre, esforzad mi valor; (*Arrodillándose.*)
haced que no me desvíe
de mis piadosos intentos.
- S. Fran.* Dios ve nuestros pensamientos;
él te ilumine y te guíe.
- Nem.* Maldecid al asesino
para que me le abandone.
- S. Fran.* Que bendiga y que perdone
me manda Jesús divino.
Hijo, maldecir no sé.
- Nem.* Bendecidme, pues, á mí.
- S. Fran.* Eso quiero hacer por tí.
Dios te bendiga. Mas qué? (*Le bendice y se levanta.*)
si tu pecho se resiste
contra sus inspiraciones,
te valdrán mis bendiciones
en el momento mas triste?
Y si practicas el bien,
tus obras te abonarán;
ellas te bendecirán
mejor que ninguno.
- Nem.* Amen.
Pese Dios en su balanza
las obras que ejecutemos?
- S. Fran.* Segunda vez nos veremos?
- Nem.* Cifro en eso mi esperanza.
- S. Fran.* Dónde?
- Nem.* Donde no penseis.
- S. Fran.* Allí. (*Señalando el castillo.*)
- Nem.* Delante de Dios. (*Señalando el cielo.*)
- S. Fran.* De mí llegareis en pos.
- Nem.* O á buscarme vos ireis.

:

ACTO SEGUNDO.

Salon del trono en el castillo de Plésis de las Torres.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA.

Está cerca de una mesa cogiendo flores de un canastillo.

Quisiera con discrecion
formar este ramillete
para que bien se interprete
de las yerbas la alusion.
El boj ataré primero
á las hojas de la encina,
y esta rosa campesina
entre el tomillo y romero.
Con la flor que sobresale
por su blancura, la yedra
sombria... crece en la piedra
de los sepulcros. Mas vale
de tan eminente puesto
echarla al punto, no sea
que un enfermo en ella vea
algun presagio funesto.
Si, junto al lirio real
pondré planta mas festiva,
la dichosa siempreviva,
que de la muerte fatal
burla las temidas leyes.
No creo que hallar pudiera
imágen mas placentera.

ESCENA II.

EL DELFIN. MARÍA.

Delf. Qué adulados son los reyes!*(A media voz y acercándose sin hacer ruido.)**Maria.* Vuestra alteza me escuchaba. *(Volviéndose.)**(Hace una cortesía, como queriendo retirarse.)**Delf.* Si, mi querida María.

Pero adónde vais?

Maria. Quería...

Hoy se celebra la octava
de la Virgen del Manzano:
voy á su ermita á llevar
estas flores, y esperar
al rey, que saldrá temprano
del castillo.

Delf. Quién, mi padre?*Maria.* También á la fiesta viene.*Delf.* Cuántos pareceres tiene!

Y no hay funcion que le cuadre.

Hoy queria ver correr
la perdiguera danesa,
y el lebrel que de su mesa
el pan vienen á comer.
Mañana querrá probar
el nuevo alazan tostado,
desde Inglaterra enviado,
ó ese halcon tan singular
en precipitarse fiero
sobre su infeliz conquista;
ó bien divertir la vista
con la caza al reverbero
de las hachas, y á docenas
derribar con golpes graves
sin fin de nocturnas aves
que habitan estas almenas.
Pero en vano su enojoso
fastidio engañar procura.

No sé, á mí se me figura
 que es tan fácil ser dichoso.
 Todo me causa placer,
 el bullicio, las canciones,
 del sueño las invenciones,
 la luz al amanecer,
 el ambiente que respiro,
 de los campos la alegría,
 y vuestros ojos, María,
 cuando halagüenos los miro.

María. Bien se pueden esparcir
 diez y siete primaveras,
 y adornar con placenteras
 guirnaldas el porvenir,
 que intimida á los ancianos
 tan exhaustos de esperanzas.
 Mas hoy las flores, las danzas
 de los pobres aldeanos,
 el fresco, un hermoso día,
 que tan puro amaneci6,
 alegrarán, creo yo,
 la devota romería
 del rey. Me voy retardando
 mucho.

(*Hace ademán de recoger las flores y querer irse.*)

Delf. Yo os ayudaré.

María. Sola mas aprisa iré.

Delf. Deteneos, yo os lo mando.

María. Yo os lo mando á su maestra! (*Sonriéndose.*)

Delf. Pues en eso reparais,

yo os ruego que no os vayais.

María. Un instante seré vuestra.

Delf. Estoy triste, dulce amiga.

María. Vos triste!

Delf. No sin motivo,

pues un padre tan esquivo

á estarlo á veces me obliga.

Por la mañana en la corte

lejos de venir á hablarme,

6 afectuoso mirarme,

bien sea que se reporte,
ó bien por otra razón,
ni aun suele volver la cara
adonde estoy; prueba clara
de que me tiene aversión.

Maria. Qué decis?

Delf. Mucho lo temo
contemplando en qué abandono
el heredero del trono
yace, pues soy el extremo
de la ignorancia mas crasa,
desde que nací encerrado
en un castillo encantado
ignorando cuanto pasa;
sin que nada me enseñasen,
sin permitir que en la historia
leyendo ejemplos de gloria
mis entrañas palpitasen.
Pero cómo he de aprender
si tras de saber tan mal
solo me dan el "Rosal
de las guerras," á leer?

Maria. Y ese libro alabo yo:
el rey mismo le compuso
para vos.

Delf. Si se propuso
fastidiarme lo logró.
Así se burlan de mí
todos, y nunca aprendiera
si otro libro no tuviera.

Maria. Teneis otro?

Delf. Vedle aquí. (Saca un libro del seno.)

Maria. Jesús! Guardadle, señor.

Delf. Por qué? Si es tan divertido!

De lances es un tejido
y de hazañas de valor.

Maria. Tiemblo... Si el rey lo supiese...!

Delf. Quereis que juntos leamos?

Maria. No, por Dios!

Delf. Solos estamos.

Maria. Qué tal, que alguno viniese,
é imaginase otra cosa.

Delf. Pues yo solo leeré.

Maria. Y yo me voy. A ver qué
(*Hace ademan de irse, pero vuelve y dice mirando
por encima del hombro del Delfín.*)
titulo tiene?

Delf. Curiosa!

Maria. Yo curiosa? Vaya un poco
(*Se sienta junto á la mesa.*)
de lectura.

Delf. Al fin cedéis!

Pero me corregireis
si alguna vez me equivoco?

Maria. Por de contado. Ay de mí!
(*El Delfín se pone de rodillas, y coloca el libro
sobre las de Maria.*)

Qué haceis, señor? Perdonad.

Delf. Estoy con comodidad.

Maria. Estamos mejor asi. (*Levantándole.*)

(*El Delfín leyendo, mientras que Maria señala con
el dedo en la página.*)

"Crónica de Francia, escrita
en el año...

Maria. Qué tenemos?

Delf. Números. Los dejaremos.

Maria. Sí, mas vale. (*Sonriéndose.*)

Delf. Qué risita!

"O historia de una pastora
que á los ingleses echó
del reino, y á quien llamó
éste su libertadora."

Maria. En tiempo de vuestro abuelo.

Delf. Fue Juana.

Maria. Os hablaron de ella?

Delf. Y tambien de otra muy bella.

Maria. De quién?

Delf. Bella como un cielo,
como vos.

Maria. A la lectura.

Delf. El difunto rey la amó,
y ella le correspondió
con entrañable ternura.

Maria. Quién os refiere esas cosas?

Delf. Todos algo, y nadie mucho;
ellos hablan, y yo escucho
sus palabras misteriosas;
lo que no dicen sacando
de lo que dicen despues.

Mas si pronuncian de Inés
el nombre amoroso y blando,
siento al punto una improvisa
y agradable turbacion,
se me ensancha el corazon
y da golpes mas aprisa.

Sé que el rey por complacerla
desbarató á los ingleses,
y vengó nuestros reveses
aspirando á merecerla;
que muchas perlas le dió,
esmeraldas y topacios,
y magníficos palacios,
y feudos, y qué sé yo?
Pues los reyes pueden dar
cuanto quieren, sus personas,
sus reinos y sus coronas,
y el amor recompensar
que les tienen. Yo al contrario,
pobre príncipe de Francia,
guardado con vigilancia
por un hombre mercenario,
que sin tesoros me veo,
sin joyas, ni poderio,
que no tengo nada mio,
ni un solo amigo poseo
que ria, si alegre estoy,
y si estoy triste, se aflija,
solo tengo esta sortija;
pues bien, hermosa os la doy. (*Preséntándosela.*)

Maria. A mí!

Delf. No la despreciéis,
 aun que de poco valor.
 Y si algun día... (*Se la pone en el dedo á Maria.*)

Maria. Señor!

Delf. Reinár en Francia me veis,
 mostradme aqúese presente
 de un buen afecto señal,
 pues mi palabra real
 os empeño, y juntamente
 os la doy de caballero,
 que no habrá tan elevado
 título, ni tan colmado
 tesoro en mi reino entero,
 ni gracia tan deseada
 ni merced tan singular,
 pudiéndola yo otorgar,
 que os fuere por mí negada.

Maria. Qué vuestra alteza lo jura;
 y volviéndole ese don,
 de un desterrado el perdón
 conseguiré por ventura?

Delf. Quién es? (*Con viveza.*)

Maria. Un francés que llora
 de su dulce patria ausente.

Delf. Y vos le amáis?

Maria. Ciertamente.

Delf. Vos, ingrata, vos, traidora!
 Esa sortija al momento
 volvedme.

Maria. Tomad, señor.

Delf. Ah! No, primero es mi honor:
 yo cumpliré el juramento;
 y aunque me hagais padecer
 tormentos tan inhumanos,
 lo que salió de mis manos
 no volverá á mi poder.
 No espero consuelo ya,
 mi dicha en flor pereció;
 mas el delfín prometió,
 el rey no lo olvidará.

ESCENA III.

DICHOS. COMINES.

Com. Por fin hallo á vuestra alteza:
su magestad á buscarlo
me envía.

Delf. Sabeis qué quiere?
Comines, tranquilizadme.
Me llama un juez irritado,
ó me espera un tierno padre?

Com. No temais, príncipe augusto:
precedido de su page
de lanza, y sendos heraldos,
el Borgoñon y el de Flandes
uu enviado del duque
dentro de pocos instantes
á Plésis ha de venir;
su magestad por honrarle
quiere que hasta su presencia
vuestra alteza le acompañe.

Delf. Temblando estoy todavía
como si fuera culpable.
Santo Dios, para los hijos
qué terribles son los padres
á veces! Cuando me acerco
al mio, casi ni hablarle
puedo, ni en pie sostenerme,
y si clava en mi semblante
los ojos medio cerrados,
que tan lejos de apagarse
centellas de luz despiden,
no basta para animarme
toda mi filial ternura,
y me estremezco al besarle
la mano. Con todo, voy...

Mas qué imprudencia tan grande!
(Volviendo para coger el libro que habia dejado sobre la mesa.)

Com. Qué teneis, señor?

Delf. María,

mi confidenta, lo sabe:
tambien tengo yo ministro.

No se lo direis? (*A María.*)

María. A nadie.

Delf. Es un secreto de Estado, (*A Comines.*)
señor mio. A Dios.

ESCENA IV.

DICHOS, menos EL DELFIK.

Com. Dejádme
solo.

María. Per qué tan ceñudo?

Com. Teneis la memoria fragil.

A lo menos no olvideis
que el rey quiere veros antes
de que os vayais.

María. De ese modo

me despedis? Sin mirarme
siquiera, ni sonreiros?

Hagamos las amistades: (*En tono afectuoso.*)
perdon.

Com. Perdonada estás. (*Abrazándola.*)

María. Huiré de aqui en adelante
del principe, yo os lo ofrezco;
aunque supiera irritarle.

Com. Irritarle? No, no tanto;
pudiera perjudicarte,
y á mi tambien, si á mirarnos
con malos ojos llegase.
Cuando lo presente acaba
es menester prepararse
para lo futuro. Un rey
á quien hemos visto infante,
sino le descontentamos
debe sernos favorable,
y yo he menester clemencia

para aliviar los pesares
de un desterrado. Lo entiendes?
Maria. (La advertencia llegó tarde,
pues ya traigo en este dedo
el indulto de mi amante.)

ESCENA V.

COMINES.

Vamos á ver á este conde
de Retól, y á sobornarle,
que así mi señor lo manda.
Mi señor, que ganar sabe
con solo un rasgo de pluma,
ó una cruz puesta á la margen
de un pergamino, mas pueblos
que desnudando el alfange;
y creyendo que es la gloria
juguete de niños grandes,
antepone un buen tratado
al triunfo mas envidiable.
Gran político es el oro!
Póngase de nuestra parte.
Sino...

Un criado. El conde de Retól.

ESCENA VI.

COMINES. NEMUR.

Com. Nemur! Cielos, amparadme!

Nem. En este sepulcro habita!

Com. Ocultad vuestros afanes;

aquí las paredes oyen,

y el eco abulta las frases.

Nem. Digna morada de un rey!

Ya cerca de estos lugares

de las obras de Tristan
 vi las sangrientas señales.
 Vi mecerse en ese río
 su justicia formidable ;
 vi los lazos que no dejan
 á estas torres acercarse ;
 y colgados de las ramas
 vi los cuartos palpitantes
 y amarillos esqueletos.

Com. Y pisais estos umbrales !

Nem. A no ser vos y Cotie
 nadie mi secreto sabe.
 Quién me venderá ?

Com. Ninguno.

Nem. Pues el rey no será fácil
 que me reconozca. Solo
 una vez mandó llevarme
 á su presencia. Aquel día
 salimos desde la cárcel
 mis dos hermanos y yo ,
 y como tiernos infantes
 nos llevaban de la mano
 hasta llegar... Ó barbarie !
 á unos niños ! bajo el cuerpo
 de su moribundo padre... !

Com. Serenaos.

Nem. Dios eterno ,
 si sois justo, perdonadle
 como él sabe perdonar !

Com. A qué venir á buscarle ?

Nem. A qué vengo ? Vengo en nombre
 de quien le rinde homenaje
 á pedirle estrecha cuenta.

Com. Otro pudiera encontrarso
 que lo hiciese.

Nem. No sería
 tan difícil sobornarle.
 Yo soy bueno para el caso.

Com. No paseis mas adelante,
 y escuchad de la razon

los consejos saludables.
 Todo el oro de la tierra
 no fuera, Nemur, bastante
 para compraros, lo sé;
 ni aquí lo pretende nadie.
 Mas, decid, será posible
 que vuestro enojo desaire
 el don de un antiguo amigo,
 de un libertador, de un padre?
 María.

Nem. Ese dulce nombre
 suspende todos mis males.
 Ella! el último consuelo
 de mi vida miserable;
 mi compañera, mi hermana,
 sin duda para colmarme
 de placer la formó el cielo!
 Mas son sueños agradables.
 Feliz, la hubiera adorado.

Com. Feliz? Y por qué privarse
 de esa dicha? Qué, librar
 despues de tantos combates
 á dos Estados de un mutuo
 recelo; de dos tenaces
 competidores que el odio
 divide hacer dos leales
 amigos, cuya alianza
 el propio interés arraigue,
 fuera acaso quebrantar
 el mas santo y venerable
 juramento? No; al contrario,
 sería ratificarle
 y sacrificar á Dios
 las ofensas personales;
 sería hacer su deber.
 Ese suspirado enlace
 que á la vez os restituye
 patria, hacienda, dignidades,
 no os cuesta ningun delito.
 Ceded, y todo al instante

el rey lo olvida y perdona.
Nem. Qué escucho? El rey perdonarme!

Él me perdona! Él olvida!

Qué ha de olvidar? Sus maldades,
 las víctimas, el cadalso,
 aquel extraño linage
 de suplicio que hasta entonces
 nunca vieron las edades;
 tres hijos arrodillados
 bajo la espada cortante;
 los tres de blanco vestidos
 como al pie de los altares?
 porque nos ataviaron
 para aquella abominable
 funcion. De repente suenan
 sobre mí pasos. Oh trance
 digno de ablandar las fibras
 de los duros pedernales!
 Le oigo pasar, detenerse,
 hacer oracion, nombrarme
 á mí y á mis dos hermanos,
 y despues con tristes ayes
 clamar: "Pobres inocentes!"
 Despues sonó un formidable
 golpe; despues... ah! despues,
 nada mas. Huyó al instante
 la gente atemorizada
 de tan horrorosa imágen,
 y tendiendo yo las manos,
 sin duda para abrazarle,
 me pareció que caían
 sobre las estremidades
 de mis dedos, gota á gota,
 lágrimas... Las de mi padre...
 no, sus ojos apagados
 en medio de penetrantes
 dolores, ya no lloraban.

Com. Nemur...!

Nem. Era sangre, sangre,
 la del autor de mis dias!

Olvidar? Podrá olvidarse

de lo pasado ese rey,

cuyo encono deplorable

pudo ver sobre mi frente

con lentitud apurarse

la sangre de que nací.

Yo, jamás, aunque llegase

el término de los siglos.

Acaño podré engañarme;

pero bien engaño sea

de los sentidos falaces,

bien locura, ó porque así

lo quiera Dios y lo mande,

yo toco lo que no existe;

mis ojos ven lo que nadie:

nada se mueve de noche,

y yo le veo acercarse,

oigo sus pasos, de nuevo

quiero abrazar su cadáver,

y un espantoso rocío

cubre todo mi semblante.

En vano me alumbra el día

sobre este blanco ropage:

sobre mi pecho, en mis brazos

sangre encuentro en todas partes,

sangre infeliz! Dios lo quiere,

y no debo alucinarme;

Dios lo quiere, no es locura;

Dios me dice con señales

fijas, que para vengar

á mi asesinado padre

me predestinó á su muerte

aquel bautismo de sangre.

Padre querido!

Com. Prudencia!

Se sienten pisadas; alguien

viene.

Nem. Cuando llegue el caso,

vereis que sé dominarme. (*Serenándose por grados.*)

Com. Oh zozobra! Si hablo es muerto,

y si callo...

(Mientras, Nemur sale por una de las puertas del costado.)

Un Ugier. El rey.

Con. Ya sale.

ESCENA VII.

LUIS. COMINES. COTIE. OLIVEROS. EL CONDE DE DREUS.
VECINOS DE PARIS. CABALLEROS.

Luis. Conde, no hay que chancearos;

(Al conde de Dreus.)

si nuevas quejas de vos

recibo, podeis á Dios

ciertamente encomendaros.

Os echo mano, y si apura

la verdad mi diligencia,

á la divina presencia

os envio en derechura.

Salvar el alma es el punto

que mas importaros debe.

Dios á su gloria la lleve.

En cuanto al cuerpo es asunto

mio, y corre por mi cuenta.

Dreus. Ruego á vuestra magestad

con la mayor humildad

solo que me escuche atenta.

Luis. Cómo! En mi pueblo mandais,

y monarca sin corona

mas que mi regia persona

de su bolsillo tomais?

Pues yo soy mi pueblo entero;

y yo soy del mismo modo

cada cual, y yo soy todo;

y cuando yo digo quiero,

ninguno debe querer

mas de lo que yo quisiere;

y el que á mi pueblo ofendiere

debe reputarse haber

á mi persona ofendido.

Vos lo hicisteis.

Dreus. Señor, yo nunca...

Luis. No digais que no :
os habeis enriquecido
con los pechos y tributos
en lugar de diez sacando
cuarenta y pico, y tomando,
sino hay moneda, los frutos
de unos honrados vecinos,
y de mi fiel capital,
gente muy sana y cabal,
y de mi aprecio muy dignos ;
que piensan bien , pagan bien ,
y nunca salen de punto.
Mirad á este rey difunto ,
segun decis , y de quien
no haceis caso para nada.

Que tal ? Está muerto ó vivo ?

Dreus. Señor , no he dado motivo. (Temblando)
Vuestra magestad se enfada...

Luis. No estoy , no estoy todavía
tan postrado ; y si me enojo ,
aun tengo sangre en el ojo.
Ni está el doliente , á fé mia ,
tan pálido como vos.
Fio que habeis de cansaros
de esperar antes de holgaros
con mi muerte... Voto á Erios !
La mano echais á las riendas
por mi mano conducidas ;
á mí me dejais las vidas ,
y os apropiáis las haciendas ?
Lo absoluto codiciais
hermoso , reinando yo ?
Feliz el que resistió
á las ganas que mostrais !
Solamente de pensar
en tan osada quimera
el corazon á cualquiera

:

se le debe desmayar.

Es prerrogativa mia
por derecho y posesion ;
herencia que division
no admite ni compañía ;
golosina harto real ,
y que en los años pasados
á otros mas encopetados
que vos hizo mucho mal .
Cuántos , cuántos sediciosos
me echaban entonces fieros !
Y... tú me viste , Oliveros ,
en tiempos calamitosos .

Oliv. Y tan firme como ahora .

Luis. En su número siaban ,
y la frente levantaban
mas que vos... En mala hora ;
porque la cosecha fue
sangrienta y de nobles cuellos ,
y cada vez que uno de ellos
se alzó contra mí , segué
con impulso tan veloz
y tan á raiz la espiga ,
que ya no hallareis quien diga
por dónde pasó la hoz .
Su filo derribó así
á Nemur , siendo con él
por ventura harto cruel .
Por el ejemplo lo fui ;
y aun puedo serlo . Teneis
hijos ?

(*Al conde de Drus.*)

Drus. Por Dios , aplacadle ! (*En voz baja á Cotie.*)

Cot. Bien , señor , muy bien ! Matadle ;
pero vos no os curareis
cediendo al enojo tanto .

Luis. Sin duda no estoy sereno .
Qué importa ? Me siento bueno :
bueno ; la vista del Santo
me ha infundido gran vigor .

Cot. Pues ya estoy de mas aquí ;

pero aquese frenesi
y el gesto amenazador
igual beneficio harán
al enfermo que al cristiano.

Luis. Cotie!

Cot. No soy cortesano;
repito que os dañarán.

Luis. Cotié! (*Cot. mas violencia.*)

Cot. Si digo que es cierto;
y para prueba mas clara,
no hay mas que veros la cara:
teneis un color de muerto.

Luis. Hombre! Qué dices?

Cot. Pues qué,
es sano ensoberbecerse
y no querer contenerse?

Luis. Basta, yo me contendré.

Cot. No, no; mas vale cumplir
vuestra santa voluntad,
echarla de magestad,
decir yo quiero, y morir.

Luis. No tal.

Cot. Por qué refrenaros?
En un rey fuera mal visto.
Pero despues, vive Cristo!
no vengais á lamentaros.

Luis. Ya sabes que yo te aprecio.

(*A Cotie, dándole la mano.*)
Vos, conde, restituid

(*Al conde de Dreus con frialdad.*)
lo usurpado, y redimid

vuestra cabeza á este precio.

Pero no para despues
lo dejéis, ó si tardais,
viendo que no la estimais
haré que caiga á mis pies.

Esto sin desazonarme, (*A Cotie.*)
para no agravar mi mal.

Dreus. Obedeceré. (*Con humildad.*)

Luis. Qué tal? (*A los vecinos de Paris.*)

Deben mis pueblos amarme?
Amigos, de los dineros
que os vuelvan, recompensad
el celo y fidelidad
con que el señor Oliveros
me sirve: él me descubrió
todo. Quinientos escudos
no os han de dejar desnudos.
Dádselos. Los quieréis?

Oliv. Yo

oponerme á lo que manda
mi rey y señor? jamás!

Luis. Y tú, mal genio, querrás (A Cotie.)
tomar algo? Ya se ablanda.

Otros dos mil, hijos míos, (A los vecinos de Paris.)
para mi médico. Es justo,
pues yo tengo en ello gusto,
y como vasallos pios
y fieles procederéis;
porque vela noche y día
sobre mí, que vuestro guía
y amparo soy, como veis;
que os restituyo la hacienda,
os libro de muchos daños,
os estimo; otros diez años
espero en esta contienda,
ú otros veinte continuar,
pues me siento remozado.
A París este recado
podeis, amigos, llevar,
y que si logra su empresa
mi físico, según vamos,
hácia el Domingo de Ramos
iré á sentarme á la mesa
de algun vecino leal.
Dios os guarde. Escuchad vos
(Al conde de Dreux, que se retiraba con ellos.)
dos palabras. Solo dos (A Cotie.)
le digo. Una chanza igual (Al conde.)
costó cara al feudatario

de Melun, y era tambien
conde. Meditadlo bien;
pronto está vuestro salario;
y Tristan con atencion
hace tiempo os considera.
La misma fortuna espera
á la misma presuncion.

Dreis. Crea vuestra magestad...

Luis. Basta. Señores, lo que
á uno solo dije, haré
con los otros. Despejad.

(*Vanse todos, menos Comines.*)

ESCENA VIII.

LUIS. COMINES. *Hácia la mitad de la escena entra*
MARIA.

Luis. Y ese hombre?

Com. Es incorruptible.

Luis. Te chauceas?

Com. Yo, señor!

Luis. Pues te engaña con primor.

Com. No me engaña.

Luis. Es imposible.

Com. Vuestras dádivas rehusa.

Luis. Será muy interesado.

Com. Yo le ofrecí demasiado,
y con todo...

Luis. Vana escusa;
haberle ofrecido mas.

Que venga; yo trataré
con él, y te probaré
que sabes poco. Verás.

Com. Es inútil ciertamente,
y yo no le recibiera.

Luis. Cáspita! Y que me creyera
muerto ya mi buen pariente.
Corre á buscarlo.

ESCENA IX.

LUIS. MARÍA.

Luis. María,
has cogido muchas flores?

María. Cuantas esparciendo olores
en todo el contorno habia.

Luis. Háblame de nuestro Santo:

de qué enfermo la dolencia

ha sanado en tu presencia,

abriéndole con su manto?

Qué milagro has visto, di?

María. Ninguno he visto, Señor.

Luis. Me han dicho que su favor

quiere guardar para mí.

En esto de curaciones

que una sola pida al cielo,

la mia, para consuelo

de todas las aflicciones

de mis vasallos. Mas vé,

hija, á llevar nueva ofrenda

á la Virgen, porque atienda

á mis súplicas. Yo iré

á la ermita en pos de tí.

Oye, toma este presente

que te ofrecí.

(Dándole una cadena de oro.)

María. Dios aumente

vuestros años... Ay de mí!

(Reparando en Nemur, que entra con el delfín, Comines y séquito.)

Luis. Qué le sucede? Clavados (Observándola.)

en el Borgoñon estan

sus ojos. Aquí Tristan.

(Aparecen Tristan y los caballeros de la corte.)

Caballeros, á mis lados. (Siéntase en el trono.)

ESCENA X.

LUIS. EL DELFIN. NEMUR. COMINES. UN HERALDO. CABALLEROS FRANCESES Y BORGÑOÑES.

Nem. Él es, él es; al verle de mi pecho
(*En medio del teatro.*)

un horror convulsivo se apodera.
Y Dios sufre que exista! Padre mio!

Luis. Calardon al faraute... Mi presencia
os intimida, conde? Recobraos.

(*Despues de recorrer las credenciales que el heraldo le presenta de rodillas.*)

Nem. No solo el miedo la color altera,
la indignacion tambien; y los agravios
de que vengo á quejarme y pedir cuenta
son tales, que en mi frente, á pesar mio,
se descubre el furor que me enagena.

Luis. Esos agravios declarad.

Nem. Al punto
los vais á oir. En nombre de su alteza
el muy noble señor y poderoso
Cárlos, á quien por duque reverencian
las provincias de Flandes, de Borgoña...

Luis. Conozco los estados que me prestan
pleito homenaje. Referid los hechos.

Nem. A vos el rey de la nacion francesa,
su hermano por el deudo y la alianza,
yo pues que vine á la presencia vuestra
en virtud de sus órdenes, y hablando
en nombre suyo, expongo las ofensas
que recibió de vos y vuestra gente
para exigir satisfaccion completa
de todo. Y en primer lugar me quejo
de que dando al olvido las promesas
reciprocas, habeis de las cantones
apoyado la injusta resistencia;
y cuando esos rebeldes nos insultan,

y amenazan osados con la guerra,
vos acogeis á sus caudillos dentro
de estas murallas.

Luis. Ni los vi siquiera;
y prometo no verlos ni escucharlos.

Nem. No los escuchareis? Enhorabuena.
Me quejo de que Brancas y Chabanes,
infeles al honor, y haciendo bafa
de la jurada paz, con lanza en mano
osaron sorprender las fortalezas
del duque, y á pesar de los solemnes
juramentos, que con la mano puesta
sobre la cruz, prestó Luis el Onceno,
cristianísimo rey, ellos por fuerza
y alevosía propia de villanos
(cobardes los declara aquí mi lengua)
prevalecer hicieron un derecho
que los tratados últimos os niegan.

Luis. Si tal hicieron, que la culpa toda
se les impute y á su cargo sea;
contra mi voluntad en esto obraron.

Nem. No basta asegurarlo, quiero pruebas.

Luis. Las tendreis.

Nem. Pero prontas, decisivas.

Luis. Decidme cuáles.

Nem. Su castigo.

Luis. Sean

vuestros poderes, conde, los que fueren,
exigis demasiado: yo en conciencia
no puedo condenarlos sin oirlos.

Nem. Ah! señor, con escusa menos bella

(Con violencia.)

el hacha en vuestra mano siempre alzada
hizo al suelo caer otra cabeza
mas ilustre.

*Luis.*Cuál fue? (Levantándose.)

*Nem.*Cuál? Dios lo sabe.

Dios al juzgaros, pues tambien condena,
os la presentará terriblemente.

Luis. En mis manos, Retél, está la vuestra.

Nem. Y si quereis, señor, podeis tomarla;
mas antes escuchad lo que me queda
que decir: es ya poco.

Com. Mirad, conde...

Luis. Qué bien al temerario representa!
(*Sentándose.*)

Nunca este nombre mereció con tanta
justicia. Es cierto? (*A los caballeros.*)

Nem. Acabará mi arenga

aunque la vida arriesgue, y por mas daños
que del paso que doy seguirse puedan.
Oidme, pues, leales caballeros,
y vosotros, señores de alta esfera,
cuyo escudo, si el mismo rey le ofende
la mancha escupe, y su esplendor ostenta:
Cárlos de los agravios que acredita
este papel satisfaccion desea;
justicia quiere y pide, ó por mi boca
declara en nombre de la Francia entera,
en nombre del bien público ultrajado,
que vuelve á tremolar en paz y en guerra
el pendon de Borgoña y sus leones;
que del pleito homenaje se releva
á sí mismo por todo estado, fendo
y derecho feudal, ó por cualquiera
merced que recibió de la corona;
que la prestada fé, de que reniega,
rompe con el acero; que se erige
público vengador de las ofensas
pasadas y presentes, de la sangre
de los ilustres pares, con horrenda
traicion y alevosia derramada;
y ante Dios, contra vos y las sentencias
inicias de vos mismo provenidas,
se constituye campeón de aquellas
angustas sombras, su favor reclama,
y como simple caballero os reta
á duelo singular, su buen derecho
al fallo remitiendo que aparezca
en el juicio de Dios. Y por lo tanto

de su resolución ahí va la prueba.

(*Arroja el guante.*)

A todos ese guante os desafia.

Quién le recoge?

Delf. Yo, con ansia inmensa,
por mi padre y las lises.

(*Apresurándose á cogerle.*)

Todos. Yo, yo...

Luis. Todos!

El primero mi hijo; y en su tierna

edad á todos ellos se anticipa!

Bien, Carlos! Vive Dios, que no lo niega!

Es un delfin de Francia!

Delf. Padre mio! (*Enternecido.*)

Luis. No mas. (*Con frialdad.*)

El guante á vuestra mano vuelva.

(*Hace señal al heraldo de que recoja el guante y se le entregue á Nemur.*)

Por la saya arrugado es mas precioso.

(*Señalando al delfin.*)

Benedicid entre tanto mi clemencia:

si yo no perdonase una osadía,

que raya en frenesí, cuando esa prenda

en el suelo cayó para insultarme,

hiciera yo rodar vuestra cabeza.

Pero los yerros del valor disculpo.

Señores, que ninguno justo sea

en mi lugar. El rey fue el ofendido;

considerad si como rey se venga.

Hoy, conde, como amigos y cristianos

podremos reunirnos en la iglesia;

despues recorreremos este escrito

entrambós juntos; yo le guardo mientras;

y para examinar mis sinrazones;

haré por olvidarme de las vuestras.

Nem. Cumpli con mi deber, y aunque supiese

perder la vida acabaré mi empresa.

Luis. Comines, aguardad.

(*Hace señal á todos de que se retiren, y á Tristan de que espere en el fondo del teatro.*)

ESCENA XI.

LUIS. COMINES. TRISTAN *en el fondo del teatro.*

Com. Bien os lo dije;

era muy peligroso darle audiencia.

Luis. No siento hablar con hombres irritados,

pues mejor y mas pronto se penetra

cuanto en el alma esconden. Es preciso

desvanecer de Cárlos las sospechas

firmando este tratado. Si permito

el cielo que su orgullo al fin le pierda,

y otro Morat le aguarda, detenerle

en medio del camino impiedad fuera.

Pero mi hijo...! *(Despues de una pausa.)*

Com. Qué alma tan heroica

su juvenil denredo manifiesta!

Qué presto, digno apoyo de su padre,

á su cargo tomó nuestra defensa!

Luis. Pudiera ser temible si á algun dia

se sublevase.

Com. Tan estraña idea...!

Luis. Yo me entiendo, y conozco por mí mismo

cuánto puede un delin que se rebela

contra su rey. Pero, decidme, el conde

conoce á vuestra hija?

Com. Conocerla? *(Maravillado.)*

Luis. Responded. *(Con viveza y severidad.)*

Com. Visitaba á mi familia, *(Con cierto embarazo.)*

segun me han dicho, porque yo en aquella

sazon estaba en Francia...

Luis. Bien. Y entonces?

Com. La vió.

Luis. La amó: decidlo con franqueza.

Com. Sin duda, el conde se inclinó á mirarla...

Luis. La quiere, y presumis que no habrá puerta

por donde entrarle? Bien está; encerraos

en mi aposento; allí sobre la mesa

os dejé preparado un grave asunto,
y quiero despacharle cuando vuelva.

Com. Y no he de acompañaros?

Luis. No: mostradme

celo en mi cuarto. (Mas sabré por ella.)

ESCENA XII.

LUIS. TRISTAN.

Luis. Ven.

Tris. Aquí estoy.

Luis. Acércate.

Tris. Me acerco.

Luis. Otros dos pasos.

Tris. Basta que se muevan

vuestros labios, señor, para que todo

lo que en secreto me digais entienda.

Luis. Me has visto perdonar las demasias
de aquel vasallo.

Tris. Pero fue de veras?

Luis. Sí.

Tris. Mny bien hecho.

Luis. Voy á componerme
con él.

Tris. A componeros?

Luis. No lo apruebas?

Tris. Yo? No faltaba mas. Siempre mi amo
tiene razon aunque haga lo que quiera.

Luis. Pero si con el tiempo mi buen primo
un reves de fortuna experimenta...

Dios le libre!

Tris. Pues yo lo que deseo
es que no falte un átomo siquiera
para que se despené.

Luis. No eres bueno,

Tristan; la santa religion condena

esos deseos. Mas si lo dispone

Dios, todo cambia.

Tris. Lo de adentro afuera.

Luis. Si yo un convenio á mi interes contrario
dejo en manos del conde, qué imprudencia
no será?

Tris. Facil es de componerlo;
el tratado y el conde estan á vuestra
discrecion.

Luis. Eso no; respeto sumo
al derecho de gentes. Si estuviera
en otra parte.

Tris. Pues señor, entonces
no atino de qué modo se remedia
el daño; si él se lleva el protocolo...

Luis. Cuando se vaya le dará una buena
escolta.

Tris. Para honrarle?

Luis. Sí; tú mismo
la mandarás. Componla á tu manera.

Tris. De gente mia?

Luis. Pues.

Tris. Y ha de ser mucha?

Luis. Mas que su comitiva. Con la idea
de honrarle.

Tris. Por supuesto.

Luis. En el camino...
quién sabe? una persona tan soberbia...

Tris. Tan insolente.

Luis. Puede, ó bien los suyos,
en un mal paso hacerte alguna afrenta.

Tris. Y yo, señor?

Luis. Defiéndete.

Tris. Dejadlo
á cargo mio.

Luis. Luego te apoderas
del tratado.

Tris. No hay duda.

Luis. Y en seguida
te vienes.

Tris. Pero el conde...?

Luis. Qué torpeza!

Tris. Ah! Será menester...?

Luis. Ya te da risa:
me entendiste, compadre.

Tris. Bagatela!



ACTO TERCERO.

—0000—

Decoracion de bosque. A un lado una ermita dedicada á la Virgen: su rústico portal se adelanta y eleva sobre algunos escalones. Al otro lado un banco al pie de un árbol. -- Al correr el telon se ve el cuadro animado de una fiesta de aldea: hombres y mugeres bailan en rueda delante de la escena.

ESCENA PRIMERA.

MARCELO. RICARDO. ALBERTO. MARTA. ALDEANOS. SOLDADOS. MERCADERES. ESCOCESSES.

Cantan. Qué placer, qué diversion!
Demos, demos brincos mil,
Bailando al alegre son
De la gaita y tamboril.
Mozuelas,
Vihuelas,
Al baile pastoril.
En un dia tan puro y hermoso
Nadie debe gemir pesaroso.
Larga vida y salud pidamos
Para el rey á quien tanto amamos.

Marta. Va mejor?

Marc. Dios lo sabe.

Marta. Lo que tira
su sacra magestad!

Marc. Es buen empleo
el suyo; por lo tanto no me admira
que quiera conservarle.

Ric. Yo deseo

buena salud, que vale mas que el oro.

Alberto. Él tambien la desea, y al tesoro
la suya, segun dicen, en esta cara.

Ric. Cómo no ha de costar? La cosa es clara.

Tanto recaudador y alcabalero

que nos deja en camisa!

tanta contribucion!

Marc. Hasta la risa

ha de pagar tributo! Yo bien quiero

divertirme y reir, mas por mi cuenta.

Marta. Yo tambien cuando bailo por mi gusto,

y con el que me agrada, estoy contenta;

pero por carga concejil, no es justo.

Alberto. Y mas cuando uno está muerto de susto.

Mas vale trabajar en un camino

con un grillete al pie.

Ric. Ya lo sabemos.

Marc. Mas vale que haga un hombre un desatino

y le ahorquen.

Marta. Mas vale que callemos.

Marc. Tienes razon: bailemos.

Cantan. Qué placer, qué diversion!

Demos, demos brincos mil,

Bailando al alegre son

De la gaita y tamboril.

Mozuelas,

Vihuelas,

Al baile pastoril.

Suele haber unas almas tan buenas

Que no pueden sufrir nuestras penas.

Viva Tristan el ermitaño!

Que nos mandó bailar ogaño.

Alberto. Cata los escoceses!

Marc. Ya pescaron

á un pobre mercader. Saldrá sin pluma.

Esc. 1.º Pague.

Merc. La cuarta parte de la suma.

Esc. 1.º La suma entera, perro.

Merc. Si tomaron

todas las mercancías

mas preciosas, no pueden perdonarme?

Esc. 1.º Ni el valor de un adarme.

Esc. 2.º Perdonar una blanca? No en mis dias.

Para que lo supiera

el padre capellan del regimiento,

y no nos absolviera

por haber perdonado á un gran judío.

Paga, y vete al momento.

Merc. Pago, y me voy al punto, señor mio.

Esc. 2.º Dos palabras, mocita. (*A Marta.*)

Marc. Es mi muger.

Esc. 1.º Qué importa, si es bonita?

Esc. 2.º Bonita como un sol; por san Dustando

la tengo de abrazar. (*La abraza.*)

Esc. 1.º Y yo. (*Lo hace.*)

Marc. Estimando,

señores militares; mi velada

y yo tanto favor no merecemos.

Esc. 1.º Mañana mas despacio nos veremos.

(*Vanse los escoceses.*)

Marc. Antes revientes.

Marta. No respetan nada.

Alberto. Nada; para nosotros son peores

mil veces que la piedra, la langosta

y los parques del rey.

Ric. A toda costa

procurad el sustento, labradores;

subid á vuestras cámaras cerradas

los granos recogidos,

para que de sus nidos

de golondrinas salgan á bandadas

á infundir el espanto,

á derramar las ansias, el quebranto,

el hambre, la ignominia donde quiera

que se deje caer su saña fiera.

Marc. A la novia de Huberto han deshonrado.

Ric. Mi único hijo yace mal herido.

:

Alberto. Cuando veremos muerto y repodrido
al último escocés!

Ric. Y á otros.

Marta. Cuidado!
que llega el Oliveros.

Marc. Siga la danza y suenen los panderos.

Cantan. Qué placer, qué diversion! &c.

ESCENA II.

DICHOS. OLIVEROS.

Oliv. Premiadas ven los reyes sus tareas
cuando se canta y baila en las aldeas.

Bien, amigos, apruebo esos estremos.

Marc. Ya veis, señor, qué alegres nos ponemos.

Oliv. A contemplar el júbilo inocente
de vuestras almas vengo solamente;
porque, en efecto, estimo á los villanos.

Marc. Todos nosotros por merced tamaña
os hacemos las manos.

Oliv. Digo que quiero al pueblo, no es patraña.

Marc. Quiere bien á los suyos. (*A Marta en voz baja.*)

Marta. Estás loco? (*Id.*)

Marc. Si era un rapa quijada hace poco. (*Id.*)

Marta. Pues no dicen que anduvo en embajadas? (*Id.*)

Marc. Era un embajador rapa quijada. (*Id.*)

Oliv. Hijos, la diversion vaya en aumento;

reid, bailad, el rey así lo quiere,

porque vuestro contento

al suyo propio con razon prefiere.

Marta. Aquí á la fresca, bajo la enramada,

el baile dispusimos,

y todos presurosos acudimos,

cumpliendo la orden dada.

Oliv. Cuál orden?

Marc. Bajo pena de azotarnos,

el gran prevoste nos mandó alegrarnos

hoy á las doce en punto.

Oliv. Es hombre que nació para el asunto.

Marc. Quién, el señor Tristan? De puro bueno se pasa; tan callado, tan sereno.

Eso sí, con los pobres no es muy blando cuando publica un bando para que se diviertan.

Marta. Sino fuera tan riguroso, quién se divirtiera?

Ric. Ninguno, en vez que ahora alegremente vino toda la gente, y está de motu proprio entretenida.

Oliv. Y con gusto bailais?

Marta. Con alma y vida.

Oliv. Os doy la enhorabuena.

Acaso al ver un día tan hermoso, el rey se llegue á esta arboleda amena á gozar un instante de reposo.

Marc. El rey aquí!

Oliv. Sin duda. Qué te ha dado?

Marc. Nada, señor, el gozo inesperado.

El rey entre nosotros. Qué diablura!

Marta. No esperaba la aldea una ventura tan grande!

Oliv. Pero qué direis, veamos, al mejor de los amos cuando le habléis? porque será preciso hablarle, aunque fingiendo que no le conocéis.

Marc. Ya, ya lo entiendo.

Una vez de improviso le vi tras de las rejas pasando por allí con mis ovejas: digo, verle quería, mas luego lo dejé para otro día.

Oliv. Pues qué, tuviste miedo?

Marc. Me causaba

tanta veneracion que tiritaba de frio. En fin, tú le hablarás, Ricardo.

Ric. Yo soy un poco tardo de explicaderas. Tú podrás hablarle.

- Marta.* Y sino yo lo haré con buenos modos.
- Oliv.* Debeis hablarle todos,
y hacer por distraerle y consolarle
con alguna agudeza.
- Marc.* Pobre señor! Pues qué tanta tristeza
tiene?
- Oliv.* Qué ha de tener? Debeis decirle
que está muy bueno y sano.
- Marc.* Y no lo está?
- Oliv.* Por vida del villano!
Debeis ingenuamente referirle
todo lo que pensais.
- Marc.* Cómo, todito?
- Oliv.* Por qué no?
- Marc.* Pues alégrome infinito,
porque me quejaré de sus criados.
- Marta.* Yo de sus escoceses disolutos.
- Alberto.* Yo de sus galgos, liebres y venados.
- Ric.* Yo de tantos tributos.
- Otro.* Y yo...
- Oliv.* Quereis callar, gente grosera?
De cuándo acá tan libres y orgullosos?
- Marta.* Perdon, señor; pensamos que pudiera...
- Oliv.* Pensais que el rey os hace muy dichosos.
- Marc.* Ya se ve.
- Oliv.* Que le amais.
- Marc.* Mucho le amamos.
- Oliv.* Como á un padre.
- Marc.* Lo mismo.
- Oliv.* Y si se ofrece
dareis por él la vida.
- Marc.* Me parece...
que sí señor.
- Oliv.* Quedamos
en eso, y no tendré que repetirlo?
- Marc.* No, no.
- Oliv.* Pues acabárais de decirlo.
A qué ocultar tan lícitos deseos?
- Marc.* Tiene razon. A qué andar en rodeos?
- Oliv.* Ya sale de la ermita.

Marc. Aquel anciano
seco y descolorido?

Oliv. Cómo? Tiene un color muy encendido.

Marc. Mucho, señor, muy sano.

Oliv. Cantad.

Cantan con voz muy desmayada.

Qué placer, qué diversion! &c.

Oliv. Alzad la voz.

Cantan. Qué placer! &c.

Oliv. Mas todavía.

Alegría, podencos, alegría. (*Cantan.*)

ESCENA III.

DICHOS. LUIS y algunos escoceses que andan por el foro: durante esta escena y las siguientes TRISTAN se deja ver de cuando en cuando, como para velar sobre el rey. Éste llega á pasos lentos y se sienta en el banco, como rendido de cansancio.

Luis. Tanto sol me deslumbra, y agoviado
por el calor me siento.

En mis floridos años era el viento
mas puro, mas delgado:

hasta en los climas noto yo mudanzas.

Oliv. Sino quereis mezclaros en sus danzas
habladles, porque no sois conocido.

Luis. Bueno.

Oliv. Tendreis un rato divertido.

Luis. Haz que vengan, si quieres.

Oliv. Aunque toscos, los hay muy bachilleres.

Oid, este señor que vino ahora (*A las aldeanos.*)
tiene dos palabritas que deciros.

Luis. Llega tú, labradora. (*A Marta.*)

Marta. Yo, mi señor, en qué puedo servirlos?

Luis. Qué haces, di, para estar tan saludable?

Marta. Hacer? No fuera mala tontería!

Como Dios nos la envia
tomamos la salud, y su inefable

bondad nos la conserva,
 como conserva el fruto en las encinas
 y en los prados la yerba.
 Ni nos deja pensar en medicinas
 la ordinaria tarea ;
 pues apenas el gallo cacarea,
 corremos cada cual á nuestro oficio:
 el marido á las viñas y el arado,
 la muger al servicio
 de la casa, la huerta y el mercado.
 El trabajo despierta el apetito,
 y hace plato esquisito
 cualquiera vil manjar. No hay lecho duro
 para el que se levanta
 estando todavía el cielo oscuro.
 Al calor de la manta
 dormimos de un tiron y como leños,
 sin aquellos ensueños
 que á los malvados acongojan tanto.
 Llega luego el Disanto,
 y nunca falta alguna romería,
 algun santo bendito
 que celebrar con bulla y alegría.
 Trabajo y apetito,
 sueño á pedir de boca,
 y limpia la conciencia,
 solo en esto se cifra nuestra ciencia;
 y aunque parece poca,
 no es esfuerzo liviano
 tener el alma en paz y el cuerpo sano.
Luis. Para el pobre se hicieron los contentos;
 para el rico las penas y los sustos.
Marta. Esos, señor, son cuentos;
 pobres y ricos tienen sus disgustos.
 Cuando el pan encarece, muy tranquilo
 recibis esta nueva pesadumbre;
 pues yo en ella cavilo
 mientras hilamos cerca de la lumbre.
 Y sin embargo canto alegremente,
 que suple el buen humor por la riqueza,

y el que se burla del dolor que siente
 tiene un afán de menos, la tristeza.
 En este mundo todos nos quejamos,
 y hasta el más infeliz halla envidiosos;
 pero nos consolamos
 pensando en los que son menos dichosos:
 yo veo á muchos en apuros tales,
 que se me antojan ilusión mis males.

Marc. Mi primo Ambrosio debe un año entero,
 y más, del alquiler de su cabaña;
 yo solamente debo desde enero
 á octubre; me parece que es cucaña.

Luis. Estos malditos lo interpretan todo (*A Oliveros.*)
 á su favor.

Oliv. Se alegran á su modo;
 pero su dicha al fin á pueblo huele.

Marta. Acaso otra mayor no nos consuele.

Oliv. No digais necesidades;
 quién deja de sufrir según su estado?

Luis. Qué, no teneis jamás enfermedades
 ni médicos?

Marc. Los hay para el ganado,
 para nosotros no.

Luis. Por qué motivo?

Marc. Toma, porque se llevan el dinero
 por mandar en latín un vomitivo,
 y se burlan después del majadero
 que se le bebe. No; prefiero el rancio,
 y que me dé tan dulce medicina
 el sochantre Venancio,
 que mejor canta, cuanto más empina.
 No, sino henchir las bolsas y las panzas
 de esos repartidores de esperanzas.
 Cree uno escapar con el pellejo,
 y á lo mejor la risa del conejo;
 se va, se fue, Dios le haya perdonado.

Luis. Me siento incomodado.

Marc. Cuando el día llegó del vencimiento,
 que quieras que no quieras es forzoso
 dar á la obligación fiel cumplimiento

y pagar la poliza. Qué dichoso
potentado ganó el pleito á la muerte?

Luis. Luego tú no la temes?

Marc. Yo? De suerte

que si en ella pensara,
lo mismo y mas que todos la temiera;
pero muy tonto fuera
si lo que me contrista recordara.
Si empieza con novisimos el cura
cuando el sermon nos echa,
yo pienso en la vendimia, en la cosecha,
ó me digo en voz baja: la hermosura
de nuestro Marcelico es extremada;
llegue su edad como llegó la mia,
mientras juntemos para que algun dia
al pobre chico no le falte nada.
Que lllore nuestra pérdida, supuesto
que sin remedio humano
á los hijos mas tarde ó mas temprano
hay que ceder el puesto.

Luis. No hay duda. Lo mas tarde que se pueda.

Marc. Ay, señor! de qué sirve la moneda,
si al infierno va el alma en derecha,
y el cuerpo á la callada sepultura?

No en valde el corazon se me aniquila
cuando á boca de noche

veo pasar un enlutado coche
que lleva á cada lado una gran fila
de luces, y al compás del triste canto
camina gravemente al campo santo.

Allí, me digo entonces á mí mismo,
allí todos los micos del abismo
están en las tinieblas agolpados
para echarle la zarpa, y los ducados
que atesoraba, sin jamas bastarle,
del cruel Satanás no han de librarle.

Luis. Ay de mí! Yo fallezco! (*Poniéndose de pie.*)

Oliv. Estoy por darte un pescozon, gallina.

Marc. Ese nombre merezco,

porque, en efecto, el miedo me domina.

Y sin embargo espero
en la bondad de Dios, pues considero
que no he muerto á ninguno.

Luis. Vete al instante. (Con violencia.)

Marc. Acaso lo que dije (A Marta.)
no fue muy oportuno.

Marta. Asi de su impaciencia se colige.

Marc. Mas yo ignoraba...

Oliv. Rústico!

Luis. La muerte,
el infierno, un suplicio interminable!
Mírame favorable,
Dios mio, y no me dejes ofenderte.
Qué, no te fuiste? Vete de contado; (A Marcelo.)
pero no, no te vayas. Ven, responde:
detrás de tí se esconde
alguno? Quién te dijo, desdichado,
que así me hablases?

Marc. Nadie.

Luis. No hay remedio,
alguien te aconsejó; te pagarían...

Oliv. Sí, le persuadirían...

Marc. Persuadirme ninguno? Que por medio
me parta un rayo si...

Marta. No hay que hacer caso
de sus dichos, porque habla sin malicia:
es un inocentón.

Marc. Me hace justicia;
soy un bestia, y por un gran bestia paso.

Luis. Me habeis hecho reir. Es tu marido?
(A Marta.)

Marta. Mi esposo, hombre de bien por otra parte,
y á quien amo.

Luis. Consiento en perdonarte; (A Marcelo.)
mas no te alabarás de que te has ido
sin penitencia. Dinos tú los nombres (A Marta.)
de tus cortejos.

Marta. Eso no se gasta
entre nosotros.

Luis. Basta

que tú lo digas, pero no te asombres
 si lo dudo, ó mas bien si no lo creo :
 con ese talle y rostro nada feo ,
 esos ojos brillantes
 y esas megillas de azucena y rosa ,
 vives en este mundo sin amantes ?
 Miralo bien.

Marc. No tengas miedo, esposa ,
 di sus nombres, que yo á todo me avengo.

Marta. Uno tan solo tengo. (*Sonriéndose.*)

Luis. Y quién es ?

Marta. Vos.

Luis. De veras ? (*Cogiéndola por los brazos.*)

Marta. Soltad, señor.

Luis. Qué temes de un anciano ?

Larta. Anciano sois ? temprano !

Luis. Mas de todas maneras,
 tengo bastante edad para fiarse
 de mí.

Marta. No seré yo la que me fie.

Luis. Por qué ?

Marta. No quiero que mi esposo crie
 tanto pelo que no pueda rascarse.
 Teneis unos ojuelos picarillos !

Oliv. Bien ! (*A Marta al oido.*)

Marta. Y traza de ser algo tentado
 de la risa.

Luis. Muger !

Marta. Fuera arriesgado
 ir de noche con vos á coger grillos.

Oliv. Bravisimo ! (*A Marta al oido.*)

Luis. Qué dices ?

Marta. A fé mia !

Y solo en este mundo deseara
 que nuestro rey se hallara
 tan firme como vos.

Luis. Por qué ?

Marta. Seria

nuestra dicha colmada y duradera,
 y la de nuestros hijos ; porque fuera

de adulacion y engaños,
estais robusto y vivireis cien años.

Luis. Cien años! Con que tú de veras quieres
al rey?

Marta. Buena pregunta!

(*Oliveros da con disimulo un bolsillo de dinero á
Marta, que ella enseña por detras á los aldeanos.*)
No le queremos hombres y mugeres
todos?

Aldeanos. Todos, sí, sí.

Marta. La Francia junta
idolatra en su rey. La Francia es grande,
y en ella todos su bondad bendicen.

Luis. Oyes bien lo que dicen? (*A Oliveros.*)

Oliv. Ya veis, sin que ninguno se lo mande.

Luis. Eso mi justo gozo multiplica.

Pardiez! El rey es quien te abraza, chica.

(*A Marta, abrazándola.*)

Marta. El rey!

Aldeanos. Que viva el rey.

Marc. El y su hijo,
y todo su linage eternamente.

Luis. Gracias, honrada gente,
por la Francia y por mí. Con regocijo
vuestros vivas escucho,
y al corazon me llegan.

Oliv. Porque nacen
del corazon. No es esto cierto? (*A los aldeanos.*)

Marc. Mucho.

Marta. Y por eso, señor, os satisfacen.

Luis. Es positivo. Con que me aseguras
que viviré cien años, hija mia?

Pues bien, tu profecía
te libraré de algunas amargas.

Toma estas joyas, toma este dinero.

Y tambien á vosotros daros quiero:

(*A los aldeanos.*)

bebed á la salud de mis cien años.

Marc. Lo haremos con grandísimo decoro.

Y yo á propios y estraños

voy á enseñar estos puñados de oro,
á contarlos ufano en su presencia,
y á socorrer de algunos la indigencia.

Marta. Y yo diré que nuestro rey amado
un abrazo me dió muy apretado.

(Vanse los aldeanos, y el rey se queda un rato pensativo; en seguida ve llegar á Maria, que sale de la ermita, y dice á Oliveros que se vaya, lo que ejecuta.)

ESCENA IV.

L U I S. M A R Í A.

Luis. Vete. *(A Oliveros.)*

Maria. Señor!

Luis. Acércate, María.

Qué linda vienes! Hoy con mas cuidado
te adornaste.

Maria. Por ser en la comarca
esta una gran festividad...

Luis. Es claro:

y no tuviste otro motivo oculto?

Maria. Qué motivo?

Luis. No fuera muy extraño
en el florido abril de tu hermosura
querer prender á un ser afortunado.

Maria. A vos, señor.

Luis. A mí? Te lo agradezco.

Maria. Qué, lo dudais?

Luis. Yo no; mas supongamos
que otra persona que tu rey no fuese
viniese afectuoso á visitarnos
del iman de tus gracias atraído.

Maria. Cómo decis?

Luis. Es un supuesto falso.

Maria. No entiendo.

Luis. Pues hablemos de otra cosa.

(Se sienta al pie del árbol.)

Ven, hija mia, siéntate á mi lado;

algo mas cerca, mas; no te sonrojes:
tu enfermo, sin causarte sobresalto,
puede contigo hablar cosas de risa;
y sabes que tenemos los ancianos
triste licencia de decirlo todo.

Maria. Y mayormente un rey.

Luis. Me hacen muy malo;
y á la verdad soy un buen hombre; siempre
me mostré decidido partidario
de las muchachas de tu edad. Si vieras
cuántas alegres bodas se trataron
y dispusieron por mi regio influjo!

Maria. Sois un gran rey!

Luis. Los jóvenes casados
me lo han dicho mil veces. Yo pensaba
ofrecerte mi apoyo soberano,
y hubiéramos salido ciertamente
con la empresa. Mas esto es escusado,
porque tú á nadie quieres.

Maria. Yo no quiero...

Luis. A nadie; lo sé, niña.

Maria. Y sin embargo
creiais que yo...

Luis. Me equivocaba.

Maria. Eso sin duda alguna. Pero al cabo
cuál fue vuestra sospecha?

Luis. Yo creía
que allá en la corte de mi primo Carlos
tu corazon... qué mucho, si las veinte
primaveras no cumples en dos años?
Tu corazon, repito, á fuer de noble
aceptaba propicio el holocausto
de un apuesto doncel tan generoso
como valiente, de abolengo claro,
de antigua alcurnia: en esta parte, niña,
no me debes hacer el menor cargo;
mejor no pude colocar tu afecto.

Maria. Seguid.

Luis. Te va la historia interesando?

Maria. Sí, como una novela.

Luis. Y otra cosa

no puede ser. Tu amante, aunque lejano,
no se apartaba nunca de tu mente;
y el tierno jóven por su parte ansiando
tornar á ver á su pulida novia,
vino de embajador extraordinario...

Maria. (Cielos!)

Luis. Hoy mismo á reclamar mi apoyo
á fin de concluir pronto...

Maria. Un tratado?

Luis. No; un casamiento.

Maria. Y vos?

Luis. Yo consentia

con mil amores; mas, ya digo, es falso,
Qué lástima!

Maria. Señor...

Luis. Qué dices?

Maria. Luego

ya sabeis...?

Luis. Yo saber? Muy al contrario:
todo lo ignoro.

Maria. Pero de qué suerte...?

Quién de nuestra pasion pudo informaros?

Luis. A mí? Ninguno. Si es una novela:
tú no tienes amante, ni pensarlo.

Hablemos de otro asunto.

Maria. Perdonadme

si temerosa respeté un arcano.

Luis. Ah! No eres franca. Tú de mí te ocultas.
Pues yo me vengaré.

Maria. Gran Dios! Vengaros! (Atemorizada.)

Piedad, piedad; miradme de rodillas.

(Se arrodilla.)

Pero quién es el delator villano
que osó...?

Luis. Quién ha de ser? Tu mismo padre.

(Cogiéndola de las manos y riéndose.)

Maria. Mi padre os dijo...?

Luis. El nombre de tu amado.

Maria. Su nombre?

Luis. Sí, su nombre verdadero.

Maria. Y vos le perdonais?

Luis. Puedes dudarlo?

Maria. A Nemur? (*Enagenada de alegría.*)

Luis. (Es Nemur!) (*Levantándose.*)

Maria. Qué sagazmente
os juzgaba mi padre de antemano
al amparar de un huérfano la infancia.

Luis. El buen Comines! Su prudencia alabo.
Y él fue en efecto...?

Maria. Quien salvó la vida
de Nemur, y también á su cuidado
debió la educación.

Luis. Hombre excelente!

Maria. Entonces nos quisimos como hermanos,
y para consolar sus infortunios
yo le pintaba un porvenir mas grato.

Luis. Y Comines también con la esperanza,
del mismo porvenir lisonjeados,
quiso á los Darmañagues enlazarte?
De tan benévolo padre no lo extraño.

Maria. Oh dulce instante! Con que voy á verle,
voy á enjugar su desabrido llanto,
á ser...

Luis. No le verás.

Maria. Por qué motivo?

Pues qué, si le encontrase por acaso...?

Luis. Por acaso?

Maria. Mal dije; ya no debo
ningun designio mio disfrazaros:
me escribió dos palabras, y esperarle
prometí. Bien sabeis, los desdichados
se asustan facilmente; si viniera
y aquí no me encontrase, algun engaño
de mí sospecharia.

Luis. Ya lo veo:

fuera cruel hallarse chasqueado.
Pobre Nemur! Escúchame, querida.
Él piensa, ya se ve, que le guardaron
el secreto, y que nadie le conoce;

todavía el momento deseado
no llegó de probarle que se engaña;
aunque á nuestro pesar disimulamos
tu padre y yo, lo hacemos por razones
poderosas. Si quieres mas temprano
de lo justo avisarle, para siempre
le perderás.

Maria. Yo callaré.

Luis. Cuidado. Mira que me lo ofreces, y delante
de la Virgen María, objeto santo
de tu veneracion, la que en las aras
los enlaces bendice afortunados.

Ya me entiendes; no tengas un descuido

Maria. Os juro enmudecer.

Luis. No es necesario

ya mas. Dios recibió tu juramento.
(Nemur! Para que espire el desgraciado
basta con que yo diga una palabra:
y la debo decir! Voy á pensarlo.)

Tristan. (Llamándole.) A Dios: te dejo en este sitio,
hija querida, no me des mal pago. (A *Maria.*)

ESCENA V.

M A R Í A.

Ah! Bendiga el Señor tanta clemencia.
Pero este gozo inmenso, inesperado,
que me enternece, que me oprime y quiere
comunicarse á otro, rebosando
está en mi corazon; y se le debo
encubrir á Nemur? Sí, que si hablo
soy sacrílega. Oh Madre de Dios pura,
cuyo nombre me guarda! Vos, mi amparo
en todas mis angustias y aflicciones,
contened el impulso temerario
de mi alegría; haced mis ojos mudos,
no dejéis que se escape de mis labios
una revelacion que ya á su borde

se asoma, con mi voz muera el arcano.
 Tiemblo, me rio, lloro: oh cuán dichosa
 soy! pero ya se acerca apresurado.

ESCENA VI.

MARÍA. NEMUR.

María. Nemur!

Nem. María! Soy yo.

Por fin os halla mi anhelo!

María. Y bajo el hermoso cielo
 de vuestra patria.

Nem. Me vió
 padecer tanto!

María. Esperad.

Nem. Si á morir á vuestro lado
 me habrá mi estrella guiado?

María. Ese temor desechad.

Yo sé bien, estoy segura...

Ay de mí! Nada sé, nada;

mas espero confiada
 una próxima ventura.

La esperanza como un sueño
 á mis ojos resplandece,
 y solo dichas me ofrece
 para vos.

Nem. Amado dueño!

Cada vez mi adversidad
 os halla mas amorosa,
 y cada vez mas hermosa!

María. Es verdad?

Nem. Y tan verdad!

María. Decidme, lejos de mí
 sentísteis algun vacío,
 noble caballero mio?

Porque lo sois. No es así?

Nem. Quién olvidaros podria?

María. Cuando yo suertes echaba

:

para saber si me amaba
Nemur, siempre me caía
el naípe feliz.

Nem. Movido

por la voz que estoy oyendo,
á mí propio no me entieado,
y echo mi saña en olvido.
Ah! dejadme conservar
un furor que he menester.

Maria. Quién piensa en aborrecer,
siendo tan sabroso amar?

Nem. Quién piensa...?

Maria. El que vuestro labio
iba á nombrar, por ventura
trueca el rigor en blandura,
y enmendar quiere el agravio.
Pronto...

Nem. Qué?

Maria. Todo es posible;
soy feliz, todo lo espero,
y ningun funesto agüero,
ninguna imágen terrible
pudieran hoy contrastar
mi esperanza deliciosa;
ni á vos puedo yo otra cosa
que dichas pronosticar.

Nem. Ay!

Maria. Os acordais, amigo,
de aquel día tan risueño
que de nuestro dulce empeño
fue silencioso testigo?
Cuando mi pasión cobarde
oyó de vos con temor
que vuestro afecto era amor.

Nem. Oh Dios!

Maria. Era por la tarde.

Nem. En un lugar solitario;
junto á una cruz.

Maria. Yo bajaba
los ojos, y repasaba

las cuentas de mi rosario.

Sin embargo, bien oía!

Nem. A la orilla del camino
un viejo llorando vino,
y limosna nos pedia.

Maria. Nuestro auxilio recibió,
y que sería, me dijo,
yo...

Nem. Mi gloria y regocijo;
mi esposa.

Maria. No lo olvido!

Nem. Para vos mi antigua herencia
esperaba recobrar,
y á mi vuelta en su lugar
solo encuentro la indigencia.
No soy mas que un desterrado,
en mi patria forastero,
y de mi esplendor primero
por la fuerza despojado.
Al atravesar la Francia
visité los torreones
que adornados de blasones
fueron cuna de mi infancia.
Un cañaveral gemia
de sus almenas al pie:
cuántas veces meditó
al estrépito que hacia!
Bajo las hayas espesas
que mis abuelos plantaron
y con hierro destrozaron
manos rústicas y aviesas.
Mi solar abandonado
se desmorona y perece,
y en sus patios oscurece
ya la yerba el enlosado.
Las zarzas y los espinos
cierran las piadosas puertas,
que siempre hallaron abiertas
los pobres y peregrinos.
El retrato de mi padre

arrancado del salón
 estaba allí en un rincón
 donde el agua le taladra.
 Ninguno de los criados
 que su pan alimentó
 al hijo reconoció,
 dueño de tantos estados:
 solamente un perro viejo
 que en una cuadra yacía,
 y moverse no podía,
 sacudió con gran festejo
 la cola al verme, y alzó
 la cabeza á saludarme,
 y con la lengua halagarme,
 hecho lo cual expiró.

Maria. Sin embargo, si el anciano,
 cuya gran necesidad
 socorrimos, la verdad
 hubiera dicho, y ufano
 en vuestro feudo algún día
 vieseis á los labradores
 bendecir á sus señores,
 y de la guirnalda mía,
 ó el ramillete nupcial
 repartirse los despojos,
 aliviando sus enojos
 nuestra mano liberal;
 si, en fin, vos y yo postrados
 en esa misma capilla
 por la Virgen sin mancilla
 nos vícramos enlazados!

Nem. Oh encanto de mis sentidos,
 cuya imágen placentera
 quizá por la vez postrera
 veo! Nosotros unidos!
 Qué decis? Bajo esas naves
 ojalá mi desposada
 al pie de mi tumba helada
 no lllore sus penas graves!
 Una voz, por cuyo acento

mis acciones determino,
me revela mi destino;
es la muerte, ya la siento.
Sí, pronto reposaré
en ese lugar sagrado,
ó en el fúnebre cercado
que algo mas allá se ve.

Maria. Vos, Nemur? Qué proferis?
Jamás el suelo nativo
será para vos nocivo:
no temáis este país.

Sabed que vuestros derechos,
vuestros bienes... Virgen santa!
oprimid en mi garganta
la voz con nudos estrechos.
Yo causar su perdición!
Yo que por él moriría!

Nem. Pues qué? Sacadme, María
de tamaña confusión.

Maria. Ah! No lo puedo decir.
Separémonos, amigo:
para salvaros conmigo
dejadme de vos huir.
Si os descubriera turbada
tan peligrosa verdad,
pronto... Esperad, esperad!
Ya vienen. No he dicho nada.
(*Volviéndose hácia la capilla.*)

ESCENA VII.

LUIS. NEMUR. SAN FRANCISCO DE PAULA. OLIVEROS.
TRISTAN. EL CARDENAL DE ALBI. DANMARTIN. SACERDOTES.
CABALLEROS FRANCESES Y BORGÑOÑES.

Nem. Qué fácilmente se cree
(*En la delantera del tablado.*)
aquello que se desea!
Mas la infeliz se alucina,

y algun error la consuela.
Luis. Aqui espiran los rencores
 y hace alarde de clemencia
 un rey postrado ante vos,
 padre mio, con sincera
 piedad la cruz adorando
 de aquel Dios que murió en ella
 por nosotros. Quién podria
 no perdonar sus ofensas
 despues de tal sacrificio?
 Hace poco á mi presencia
 vino el conde de Retél
 á pedirme que le hiciera
 justicia, y aunque su encargo
 desempeñó dando vuestras
 mas de vasallo rebelde
 que de fiel á mi diadema,
 prefiero el bien de mis pueblos
 á una venganza sangrienta.
 Firmé pues este solemne
 pacto de alianza estrecha,
 y os le entrego con el fin (*A S. Francisco.*)
 de que mas sagrado sea
 despues de haberle jurado
 ambos en las manos vuestras.

S. Fran. Hijo mio, soy sencillo,
 corto de talento y ciencia,
 vivo lejos de las cortes;
 mas las cabañas y aldeas
 me enseñaron con su luto
 que las famosas empresas
 cuestan mas á los vasallos
 que á los reyes aprovechan.
 Dios inspira al que desnudo
 de animosidad fomenta
 la union de todos los hijos
 de la humana descendencia.
 Ni ve mas que un firme lazo
 en su autoridad suprema;
 y en la humanidad un pueblo

cuyo bien se le encomienda.
 Reyes, es vuestro deber;
 y nosotros, de la iglesia
 ministros, ah! no lo somos
 para promover la guerra
 entre los hombres, sino
 la paz y la union mas tierna.
 Venid pues á reuniros
 de corazon y de lengua,
 por el mútuo juramento
 que bendecirá mi diestra.
 Los árbitros soberanos
 de los pactos de la tierra,
 á sí mismos son traidores
 si faltan á sus promesas;
 y el dia final del mundo,
 cuando llame la trompeta
 á juicio, verán escritas
 en el gran libro de cuenta,
 al pie de su juramento,
 su falsedad y baja.

Nem. Dios, que penetra en las almas,
 mis expresiones entienda:
 hablo por otro, y él es
 el que su palabra empeña,
 quien se da por satisfecho
 de las pasadas ofensas,
 y jura ante Dios eterno
 olvidar todas sus quejas.

Luis. Cierta, el conde de Retél
 sin ligar su fé pudiera
 pronunciar el juramento
 solemne que se contenta
 con transmitir. Sin embargo
 le acepto, y en recompensa
 solo á Cárlos de Borgoña,
 á quien juzgo en mi presencia,
 obligo aquí mi palabra.
 De él solo quiero se entienda
 que olvido cualquier injuria;

y de mi intencion en prueba
á él juro ante Dios eterno...

ESCENA VIII.

DICHOS, EL DELFIN, BODRICUR, TORSI.

Delf. Padre! (*Apresurado.*)

Luis. Qué? Sin mi licencia!

Delf. Es un message importante;
perdonadme que me atreva
á entrar... Pero la alegría...

En este momento llega.

Ya Carlos, vuestro enemigo...

Luis. Mi enemigo! Quién tal piensa?

Carlos, mi fiel aliado,
mi hermano!

Delf. El Señor os vengá:
ha sido vencido.

Luis. Cómo!

Delf. Vencido en campal refriega
delante de Nanci.

Nem. El duque?

Luis. Pero estais seguro de esa
derrota?

Delf. Varios señores
han recibido la nueva:
uno de sus generales
le ha vendido.

Luis. Qué vileza!

Nem. Falsos rumores que pronto
una victoria completa
desvanecerá sin duda.

Carlos...

Delf. Ha muerto.

Luis. La prueba?

Delf. Aquí está, señor; leed.
(*Entregándole unos pliegos.*)

Nem. Se engañan los que lo crean;
y yo, conde de Retél,

sostengo contra cualquiera
que es una noticia falsa.

Luis. Duque de Nemur, es cierta.

Nem. (Nemur! Conocido soy,
mas no mostraré flaqueza.)

Luis. Es tanta verdad, perjuro,
como en tí son manifiestas
la impostura y la traicion
que te hacen reo de lesa
magestad contra tu Dios
y tu rey en cielo y tierra;
pues á los dos has mentido,
ante los dos te presentas
fingiendo título y nombre,
ocultando tus siniestras
intenciones; mas de tí
se burló la Providencia.
Que le echen mano.

Nem. Ay de aquel (Sacando la espada.)
temerario que lo emprenda.

Ha de Borgoña! (A los caballeros borgoñones.)

Luis. Ha de Francia! (A los caballeros franceses.)

S. Fran. Deteneos, almas fieras,

(Cogiendo la cruz de las manos de un clérigo, y
arrojándose en medio de los dos partidos.)

en nombre de Dios, á quien
insulta vuestra soberbia.

Nem. El furor me enagenaba:

(Bajando su espada, asi como los demas de su
séquito, que inclinan el rostro y permanecen inmó-
viles.)

en tan desigual contienda
estos valientes guerreros

sin salvarme perecieran.

Ceded pues, amigos míos:

si la noticia es incierta

y Cárlos triunfa, el terror

de su nombre y sus proezas

bastan para defenderme.

Si ya no existe, aunque muera

yo tambien no importa nada,
 con tal que solo perezca.
 Para llegar hasta aqui
 (*Al rey, arrojando la espada á sus pies.*)
 fue menester que fingiera
 imitando tus dobleces;
 fingí pues, aunque por fuerza.
 En cuanto á mis intenciones,
 solo, fueran las que fueran,
 debo responder á Dios.
 Por lo demas, á qué esperas?
 De mi padre á los verdugos
 arroja segunda presa;
 ven á recrearte en verlo;
 mas sentirás una pena:
 si, no tengo ningun hijo,
 ningun amigo á quien puedas
 obligar á recibir
 mi sangre cuando la viertas.

Luis. Al instante, que le juzguen,
 (*Haciendo seña á Tristan de llevarse á Nemur.*)
 que me traigan la sentencia,
 y mañana lo demas.

(*Nemur cercado de tropa sale con Tristan, y los
 borgoñones le siguen.*)

ESCENA IX.

DICHOS, menos NEMUR, TRISTAN Y LOS BORGOÑONES.

S. Fran. Señor, tu enojo refrena.

Luis. Por qué no se contentó
 con insultarme? le hubiera
 ciertamente perdonado.

Mas yo, apoyo de la iglesia,
 su primogénito hijo,
 mostrar ninguna indulgencia
 con un sacrilego, el cual
 ni vuestras canas respeta!

Eso no, yo os vengaré,
ó sabrá la Francia entera
que al cristianísimo rey
nada de cristiano queda.

S. Fran. Podré consolarle al menos?

Luis. Consolarle? Enhorabuena;
cuanto mas grave es su culpa,
tanto mayor asistencia
le debe la caridad:
haced pues que se arrepienta,
y que salve su alma.

S. Fran. Y vos
no pensareis en la vuestra?

ESCENA X.

DICHOS, menos SAN FRANCISCO.

Luis acompaña con la vista á *S. Francisco* hasta que
se aleja, y luego exclama arrebatado de alegría,
pero en voz baja.

Luis. Cierra Francia, san Dionis!

Calcémonos las espuelas,
caballeros, y corramos
los azares de la guerra.
A Borgoña, Bodricur,
con quinientas lanzas vuela:
tú á caer sobre Perona,
Torsi: tú baja la diestra,
generoso Danmartin,
y que Flandes Francia sea
en dos meses por tus hechos.
Golpe firme á los que quieran
resistir; puente de plata
al infame que se venda.
Esta noche, cardenal, (*Al cardenal de Albi.*)
escribireis cuatro letras
á Roma, que me adjudique

el Santo Padre la herencia:
 mas tomémosla primero
 nosotros, asi se espera
 mejor; y lo que se agarra,
 si acomoda, no se suelta.

Ánimo pues, capitanes,

(*En voz alta, y volviéndose al concurso.*)

el botin está á la puerta;
 feudos habrá para todos,
 que los gane el que los quiera.
 Ha muerto como valiente
 mi primo Cárlos, lo era;
 mientras vivió no fue grande
 nuestra concordia; mas cesa
 todo rencor en la muerte,
 vestirse de luto es fuerza;
 la corte lo hará, y conmigo
 asistirá á sus exequias.



ACTO CUARTO.

El cuarto del rey : dos puertas á los costados : un reclinatorio para hacer oracion , y encima una cruz colgada de la pared. Una ventana con reja : cortinas á medio correr que ocultan un lecho colocado en una alcoba. Una chimenea con fuego.

ESCENA PRIMERA.

NEMUR. COTIE.

Cot. Nemur , un antiguo amigo
esta dicha merecia ;
pues abrazaros consigo ,
de las quejas me desdigo
que á los cielos dirigia.

Nem. Buen Cotie!

Cot. De tres hermanos ,
él solo en el mundo queda.
Mis ojos le ven ufanos ,
como que nació en mis manos.
Bien á su padre remeda!

Nem. A mi padre semejante
soy en todo , y lo seré
en la suerte.

Cot. Dios mediante ,
saldrás de todo triunfante :
vivirás , por vida de... !
Perdonad este arrebató ,
señor , vuestro pan comí ,
y no puedo ser ingrato.

Nem. Fiel amigo!

Cot. Solo trato

de acreditar que lo fui,
y lo seré mientras viva.
No perdamos el valor.

Nem. Qué agradable perspectiva!
rejas abajo y arriba,
cerrojos al rededor.
Este es otro calabozo.

Cot. Es del rey el aposento.

Nem. Esta caverna! Este pozo!

Cot. Aquí no penetra el gozo:
considerad su ornamento.

Un crucifijo, un misal,
reliquias para poner
debajo del cabezal,
y aquel enorme puñal
que no se atreve á coger.

(*Enseñándosele.*)

Esa gruesa colgadura
que mal guarda su persona,
aunque descansar procura,
y contra la tapia dura
temeroso se arrincona.

Pues si al cabo se adormece,
tan lejos de que se borre
la idea que le estremece,
un negro brazo aparece
y las cortinas descorre.

El cual luego con furor
le oprime por todos lados,
y ese lecho de dolor
es, Nemur, el vengador
de muchos desventurados.

Pronto le vereis aquí.

Nem. Al rey?

Cot. Dentro de una hora
quiere hablaros.

Nem. Él á mí?

Cot. Cierito.

Nem. Cómo? A solas?

Cot. Sí...!

Con la escolta ladradora

de escoceses que do quiera
 lleva siempre de trahilla.
 Y á fé que nada perdiera
 en que se quedase fuera,
 pues solo por maravilla
 pudiera Tristan dejaros
 venir con arma ninguna.
 Qué modo de registraros!
 y tras esto preguntaros:
 llevais escondida alguna?

Nem. Pienso que ganó la palma
 de su oficio. Qué paciencia
 para atormentar! qué calma!

Cot. Es carcelero en el alma,
 y verdugo por esencia.
 Que me tragaba creí
 cuando el mandato leyó
 del rey mismo, que le di,
 para sacaros de allí.
 Cuántas veces repasó
 la firma con rostro avieso,
 y de furor amarillo,
 ladrando como un sabueso
 á quien le quitan un hueso
 enseñándole un cuchillo!

Nem. Hablarme en este lugar!

Cot. Por oculto le prefiere
 cuando tiene que tratar
 sobre algun particular
 que gran secreto requiere.
 Además, siempre acosado
 de febril escalofrío,
 mal hubiera soportado
 vuestro calabozo helado
 y su horror mudo y sombrío.

Nem. Pero de mí qué desea
 el rey?

Cot. Antes que os declare
 él mismo cuál es su idea,
 ha resuelto que yo sea

quien os avise y prepare.

Nem. Y se sabe finalmente
quién pudo hacerme traicion?

Cot. Comines está inocente,
y lo prueba claramente
del amo la indignacion.

Cuerpo de Dios, cuál le puso!

Nem. Pero le dió algun castigo? (*Con viveza.*)

Cot. De palabra se le impuso,
y el pobre estaba confuso;
mas pronto será su amigo.
Facilmente perdonamos
á los que falta nos hacen,
y aunque sus yerros sintamos,
al cabo los olvidamos
si de nuevo nos complacen.

Nem. Yo complacer á esa hiena!

Cot. Tiene tanto su persona
de mala como de buena;
si temerario condena,
sin gran esfuerzo perdona.

Nem. Quién? Él!

Cot. Debo conocerle.

En el dolor no hay engaño:
cuando habla puedo creerle;
y por el placer de hacerle
pocos hombres hacen daño.
Ninguno sino Tristan.

El interes en la tierra
produce todo desman;
por él los hombres estan
siempre en estado de guerra.
Cuando supe vuestra suerte
á ver al amo corrí;
fue su resistencia fuerte,
y estaba ya vuestra muerte
resuelta, á no ser por mí.
Pero del dolor se espanta
y cede al impulso ageno
si aquel su vigor quebranta.

Pobre de vuestra garganta
 si él hubiera estado bueno!
 Yo sé cuando así le cojo
 poner el dedo en la herida
 y domesticar su enojo:
 es la Borgoña el antojo
 mas constante de su vida.
 Hoy la quiere, como quiero
 todas las cosas un viejo;
 y como aquel que se muere
 es imposible que espere,
 con saludable consejo
 dije que Nemur podía
 facilitar esta empresa.

Nem. Yo!

Cot. Soy médico, debía
 obrar á mi fantasía;
 ni de lo dicho me pesa.

Nem. Mayores son mis cuidados!

Cot. Vos del aura popular
 disfrutais; los magistrados
 os aman y los soldados;
 podeis con ellos contar.
 Las fortalezas guardadas
 estan por amigos vuestros;
 de sus puertas obstinadas,
 inútilmente cercadas
 por los ejércitos nuestros,
 vos con promesas y dones
 las llaves podeis lograr;
 vos en las congregaciones
 y juntas los corazones
 de todos sabeis ganar.
 Serán acaso fatales
 estos recursos y medios,
 yo mismo los juzgo tales;
 pero en fin, los grandes males
 exigen grandes remedios.
 Así que, si obedecéis,
 de tan peligrosa lid

:

trionfante y vivo saldreis,
sino contaros podeis
por muerto. He dicho: elegid.

Nem. Yo de mi buen soberano
despojar á la heredera!
Sacrificarla villano
á mi verdugo inhumano,
al de mi familia entera!

Cot. Condesciende por piedad,
Nemur, noble dueño mio;
si es un yerro, una maldad,
yo tomaré la mitad
del cargo y baldon impío.
Asi mi boca gustó
aquella amarga bebida
que la tuya rehusó
cuando te la presentó
una madre tan querida.
Ni cediste aunque lloraba,
hasta verme á mí probar
lo que tanto horror te daba;
la vida en el fondo estaba,
y allí la fuiste á buscar.
Entonces yo te salvé;
deja que te salve ahora,
que mi incontrastable fé
vida y derechos te dé:
tu indulto mi voz implora.
Cede á tu antiguo criado,
aquel que á la cabecera
de tu lecho reclinado
mil veces hijo adorado
te llamó con fé sincera.
Sí, hijo mio, sí; yo soy
el que te pide tu vida,
la mia; á tus pies estoy:
hoy me puedes pagar, hoy,
tanta deuda envejecida.

Nem. Eso no; morir primero!
Cot. Tal dices?

Nem. Y si vario,
castígueme Dios severo.

Cot. Mira, ves este agujero?
(*Abriendo la puerta de su cuarto.*)
Este es el asilo mio.

Mas presumes por ventura
que del interes llevado,
yo, sin prenda muy segura,
me hubiera en su sepultura
con esa momia enterrado?

No por cierto, sino habiera
el tirano consentido
en que siempre que quisiera
entrar y salir pudiera
por este paso escondido.

En aquel conflicto grave
cedió. Recibe de mi
esta apetecida llave.

Un consuelo tan suave
ni al recibirla sentí.

Esta fue mi libertad,
y es la tuya.

Nem. Mas sería
exponeros mi amistad,
y toda la tempestad
sobre vos descargaría.

Cot. Me burlo del monstruo fiero
estando tan enfermizo.

Toma esta luz, este acero; (*Dándole el puñal.*)

baja por aquí; primero
hallarás un pasadizo
oscuro y emhovedado,
después una puerta, el cielo,
los campos, y el mas preciado
y bello don, hijo amado,
la libertad!

Nem. Nada anhelo,
pues consigo este puñal.

Cot. A Dios, Nemur; voy á ver (*Abrazándole.*)
si detengo en el umbral

á tu enemigo mortal.
Huye hasta mas no poder.

ESCENA II.

NEMUR cierra el cuarto de COTIE, y vuelve al frente de la escena.

Nem. Huir? Ah! No lo esperes. Ni deseo la libertad, pues tengo la venganza en mis manos. Ya triunfo! Ya poseo el auxilio fatal de mi esperanza. Dios implacable! Tú pusiste al reo en mi poder. El anatema lanza, haz que mi brazo con furor le hiera, que á mis pies caiga, se revuelque y muera.
(Dando un paso hácia el lecho.)

Alli, sí, padre, vos y mis hermanos las cortinas corred para esconderme; con ellas impedid, y vuestras manos, que aduladores Argos puedan verme; perezca el mas feroz de los tiranos cosido á puñaladas mientras duerme; y si por cada golpe me dan ciento despues, no importa, moriré contento. Qué sepulcral silencio! Borrascoso el corazon de rebullir no cesa. Sin duda será un júbilo horroroso el de un verdugo al aferrar su presa! Esta dicha me espera, este reposo cuando corone la funesta empresa. Y no puede trocarse mi destino? Gran valor necesita un asesino! Y él no lo fue? Que sufra, padre amado, mal por mal, y tormento por tormento. Dénme sus ayes pasto regalado, como los tuyos fueron su alimento. En tu sangre por él estoy bañado; tu sangre es la que corre, yo la siento'

caer sobre mi frente, y congelada
esperar... Ya no debe esperar nada.
Es menester que de matarle acabe
mi mano, aunque le encuentra moribundo:
ese sueño que ya coger no sabe,
yo se le ofrezco de esta vez profundo;
sin pesadilla, sin recuerdo grave
que le atormente, y cuando en este mundo
presuma estar, cediendo á mi violencia
despertará de Dios en la presencia.
Mas alguien viene.

(*Se esconde precipitadamente detras de las cortinas.*)

ESCENA III.

LUIS. COTIE. COMINES. MARÍA. TRISTAN. ESCOCHESES,
y acompañamiento del rey.

Cot. Por qué
tan pronto, señor, volveros?
El aire puro os haria
ciertamente gran provecho.

Luis. Qué noche tan espantosa!
Qué encapotado está el cielo!
Ay de mí! Tiemblo de frío.

(*A Cotie, en voz baja, señalando su cuarto.*)
Ya estará Nemur ahí dentro,
es verdad?

Cot. Y qué, teneis
dolores?

Luis. En todo el cuerpo.

Cot. Pero desde cuándo?

Luis. Siempre.

Ni un solo instante sosiego;
el aire libre me hiela,
ó me abrumba con su peso.
Qué angustia! Siempre lo mismo,
sin hallar ningun consuelo!
Pero qué dijo Nemur?

Cot. Calentaos. (*Llevándole á la chimenea.*)

Luis. Qué buen fuego! (*Con alegría.*)

Ni el sol es tan agradable.

Maria. Aquí teneis un asiento. (*Poniéndole un sillón.*)

Luis. Este calor es la vida.

Maria. Rezando en el monasterio
y ayunando estan, á fin
de que os mejoreis muy presto,
y antes de las oraciones
caiga ese maldito cierzo.

Luis. Cuánto se alegra mi vista

(*Calentándose, á Maria.*)

con ese rostro tan bello,

y esa juvenil frescura!

Ea, basta de pucheros;

un mimito, una sonrisa.

Com. Haz, por Dios, algun esfuerzo,

(*En voz baja á su hija.*)

hija; sonriete.

Maria. Bien (*Llorando.*)

quisiera, pero no puedo.

Para risas estoy yo!

Luis. Calla! Lágrimas tenemos?

No, por Dios, no me entristezcas.

Ó calma tu sentimiento,

ó vete.

Maria. Señor...

Luis. De todo

está en mi mano el remedio.

Maria. Es posible?

Luis. Sí, hija mia;

con tal que tu caballero...

Cot. Ved qué alegre está la llama,

cuál chispea!

Luis. Su ardor siento

que penetra mis vestidos

y se introduce en mis huesos.

Con todo estoy tiritando.

Cot. Seguid pues nuestro consejo;

desnudaos.

Luis. No, *Cotie*:

esta noche misma quiero
ver al Santo, y sobre todo
á Nemur. Vé tú corriendo (*A Tristan.*)
á buscarle.

Tris. Ya no está
bajo mi custodia.

Luis. Es cierto.

Le puse bajo la tuya. (*A Cotie.*)

Tris. Y á fé que me pesa de ello;
pues una vez comenzado,
hubiera tenido empeño
en terminar este asunto.

Maria. No veis qué tigre! (*A Comines en voz baja.*)

Com. Silencio! (*Id.*)

Luis. Tú estabas pues encargado (*A Cotie.*)
de conducirle á este puesto.

Cot. No le conduje, porque
no pude por ningun medio
triunfar de su obstinacion.

Luis. Yo hubiera podido hacerlo.

Cot. No hubierais podido.

Luis. No!

Cot. De vuestro enojo soberbio
se hubiera burlado, y ya
no existiera.

Luis. Santo y bueno.

Cot. Y existe, y yo le he salvado.

Luis. Le has salvado!

Maria. Dios Eterno!

Cot. Ya no le dareis alcance:
cuando el acompañamiento
que trajo salió de aquí
para volverse á su reino,
vuestro cautivo, mezclado
con los demas caballeros,
pasó el puente levadizo,
tan solo con este objeto
bajado por orden vuestra.
Está pues libre de riesgo,

gracias á mí.

Luis. Desdichado!

Y no temes los efectos
de mi venganza? Mas qué,
de tu eficacia y tu celo
tambien se burló, Tristan?
Todos me vendeis á un tiempo?
Qué camino tomaria?
En dónde le buscaremos?
Corre, amigo, corre, vuela; (*A Tristan.*)
pongo su cabeza á precio.
Te estás asi todavía?

Tris. Mas de noche, no teniendo
indicios...

Luis. Es menester
traérmele vivo ó muerto.

Maria. Ah! Señor, piedad; por mí
que os descubrí su secreto;
por mí, que fui de su daño
el inocente instrumento.
Ah! Dios os castigaria.
Sí, perdon: Dios justiciero
os oye; que su bondad
en vuestro postrer momento
atienda á vuestras plegarias
como atendeis á mi ruego.
Perdon.

Luis. Llévatela pronto. (*A Comines.*)

Com. Ven, hija. (*Llevándose á su hija.*)

Luis. Y ese perverso, (*Señalando á Cotie.*)
mañana...

Cot. Mejor es hoy.

Quitadme la vida, y luego
buscad otro que os liberte
de vuestros males. Apuesto
que dentro de quince dias
habitais un mausoleo.

Luis. Pues bien, moriré. No importa.

Pero juro... pero quiero...
pero... despejad. Tú no. (*A Cotie, con rabia.*)

Soy desdichado en extremo. (*Echándose en un sillón.*)
 (*Vanse todos menos Cotie.*)

ESCENA IV.

LUIS. COTIE.

Luis. No pienses que has de librarte
 del castigo mas horrendo;
 no, malvado; tú eres solo
 la causa de mis tormentos.
 A insultarme sin cesar
 te anima su mismo exceso,
 mas yo te anonadaré.

Cot. Lo habeis dicho con efecto.

Por qué no lo haceis, señor? (*Con frialdad.*)

Luis. Ciertamente quiero hacerlo.

Tu falsa sabiduría
 no engaña sino á los necios;
 de tu habilidad me rio:
 tu asistencia, tus desvelos,
 de qué me sirven? de nada:
 me puedo pasar sin ellos,
 y lo mismo viviré.

Sí, viviré, porque quiero,
 y basta mi voluntad
 para que viva. Lo creo,
 estoy seguro.

Cot. Sin duda.

Mas si teneis un remedio
 de tanta virtud, por qué
 no aventurais el suceso?

Luis. Lo haré, traidor; y ademas
 el Santo, que vendrá luego,
 sabrá reparar mis fuerzas
 y los estragos del tiempo.
 Con decir una palabra
 sano me pondrá; su aliento
 se llevará mis dolores.

Cot. Corriente. Que venga presto.

Luis. Y tú entre tanto cautivo
 en una jaula de hierro,
 del aire y la luz privado,
 rabioso, encorvado el cuerpo
 dentro de una red de alambre,
 verás cómo te desprecio,
 y delante de tus verjas
 remozado me paseo.

Cot. Está bien.

Luis. Ya lo verás.

Cot. Estoy convencido de eso.

Luis. Falso amigo! Me encontraste
 poco generoso y bueno
 para ti? Confiesa que eres
 un ingrato.

Cot. Per no serlo
 salvé á Nemur.

Luis. Al infame
 asesino de tu dueño,
 al que vengarse queria
 en mí...!

Cot. Como caballero,
 no cobarde asesinando,
 sino atrevido riñendo.
 A su desgraciado padre
 debí cuanto valgo y tengo,
 y sus pasados favores
 agradecido recuerdo.

Luis. Y no te obligan los míos,
 que son presentes? Artero
 engañas á tu señor,
 que no se vió satisfecho
 hasta colmarte de bienes!
 Con cuántas horas y premios
 no te pagó tus servicios!
 Si es oro, con él te lleno
 las manos todos los días,
 y te agovio con su peso.
 Doy sin contar como suelen
 prometer los avarientos.

Pues qué mas hizo Nemur
para cautivar tu afecto?

Cot. Qué mas hizo? Me queria.

Pero vos, con qué derecho
podeis exigir de mí
igual agradecimiento?

Hablemos ya sin rebozo,
pues ambos nos conocemos.

Yo tomo por interes
lo que vos me dais de miedo.

En prolongar vuestra vida,
parte de mi vida empleo,
y sacrificio una parte

para disfrutar del resto.

Yo vendo lo mio, y vos
me pagais: es un comercio
en el cual nadie es ingrato,

pues no se trata de afectos.

A un criado se le paga,
y lo mismo á un palaciego;

pero un amigo, señor,
no se compra con dinero.

Es necesario quererle;
y aunque no reciba en premio
del ansia con que procura

serviros y complaceros
mas que una mirada tierna,

ó leve señal de aprecio,
una palabra que salga

del corazon, será vuestro,
y debéis contar con él

en todos vuestros empeños,
porque os ama, y no se vende;

y solo cuando protervo
os abandona, podreis

decirle con fundamento:
"Ingrato! Me has engañado!"

Luis. Pues no riñamos por eso,

Cotie; yo seré tu amigo,
yo te querré, yo te quiero.

Cot. Por vuestro interes.

Luis. No tal ;

pues aunque estoy muy enfermo,
el Santo en un par de días
me pondrá del todo bueno.
Con que te quiero tan solo
por amistad, por afecto,
y nada podrá romper
unos lazos tan estrechos.

ESCENA V.

DICHOS. OLIVEROS, y *despues* SAN FRANCISCO DE PAULA.

Oliv. Señor, Francisco de Paula
espera el permiso vuestro
para entrar.

Luis. No le detengas.

Padre, llegais á buen tiempo:
este ingrato me ofendió,
y yo castigo su yerro
perdonándole. Cotie,

(*Conduciéndole á su dormitorio.*)

vete, amigo, á tu aposento,
y pues hicimos las paces,
duerme sin ningun recelo.

(*Cierra la puerta del cuarto de Cotie despues de haber entrado este.*)

Ah traidor! Si á ser inútil
llegases, yo te prometo...!

(*Hace una seña á Oliveros de que se retire.*)

ESCENA VI.

SAN FRANCISCO DE PAULA. LUIS.

S. Fran. Qué me quereis?

Luis. Un favor
incomparable.

S. Fran. Cuál es?

Luis. Padre, tiemblo á vuestros pies (*Arrodillándose.*)
de esperanza y de temor.

S. Fran. Levantaos, hijo mio.

Luis. De este modo he de esperar
la ventura que lograr
por vuestro medio confío,
y besaré por ser ella
tan especial y eminente,
poniendo en tierra mi frente,
de vuestros pasos la huella.

S. Fran. No postreis con humildad,
para conmigo excesiva,
del Señor la imágen viva
en la humana magestad.
Alzad, príncipe, del suelo.

Luis. Esperando un bien tan grande,
(*Poniéndose de pie.*)

qué no haré porque se ablande
y me favorezca el cielo?

S. Fran. Pero de mí qué pedis?

Luis. Para vos todo es posible.
Vos á la carne insensible
el calor restituís.

S. Fran. Yo!

Luis. Vos decís á los muertos
salid de la sepultura;
y á gozar de la luz pura
salen de tierra cubiertos.

S. Fran. Quién, yo!

Luis. Vos á nuestros males
mandáis que desaparezcan,
y es preciso que obedezcan.

S. Fran. A mí!

Luis. Sí. Las celestiales
regiones dan nueva luz
cuando vuestra voz lo ordena:
el mar brama, ó se serena,
si vos os poneis en cruz.
Cuando al rayo turbulento

amenazaís al caer ,
 se le ve retroceder
 y volverse al firmamento.
 Vos el liquido rocío
 encadenáis en la altura ,
 ó á la yerba su frescura
 dispensáis en el estío.
 Vos , en fin , lo podeis todo ,
 y pues todo lo podeis ,
 el favor no me negueis
 que pretendo : haced de modo
 que mi cuerpo envejecido
 recobre su lozanía ;
 casi estoy en la agonía ,
 volvedme el vigor perdido ;
 de mi lívido semblante
 las facciones animad ,
 y sus arrugas trocad
 en consistencia brillante.

Ah ! Si los brazos piadosos
 para tocarme estendeis ,
 al punto me librareis
 de estos surcos enfadosos.

S. *Fran.* Qué me pedis , hijo mio ?
 Soy yo acaso igual á Dios ?
 Hacer un jóven de vos
 depende de mi albedrío ?
 Cómo presumis que torne
 atras la rápida edad ,
 y con segunda beldad
 la primavera os adorne ?
 Ni quién ruegos tan extraños
 á los cielos dirigiera ?

Luis. Padre , diez años siquiera !
 Aseguradme diez años !
 Y os colmaré agradecido
 de honores y de presentes.
 Aquí tengo diferentes
 reliquias , mas afligido
 de graves enfermedades ,

apenas ya me sostengo.

Si por vuestro medio obtengo

estas... veinte navidades,

Roma, que puede espesar

las falanges de los santos,

os colocará entre tantos;

qué digo? en primer lugar.

Si, padre, os dedicaré

cien iglesias bien dotadas;

en oro y jaspe engarzadas

vuestras reliquias tendré.

Pero treinta primaveras

son poco para un tesoro

tan grande de incienso y oro;

haced las cosas enteras.

Que la luz restituída

no pierda tan prontamente;

padre, un milagro patente,

la vida, alargad mi vida.

S. *Fran.* Dios no deja á discrecion

de los hombres su gobierno;

y quereis vos ser eterno

en la comun destruccion?

Si vos quereis, Dios no quiere,

os lo asegura mi lengua:

todo lo que crece, mengua;

todo lo que nace, muere:

de todo el mismo tributo

la naturaleza cobra,

del hombre y su fragil obra,

del árbol y de su fruto.

Cuanto el espacio circunda

produce para la edad,

y para la eternidad

la muerte solo es fecunda.

Luis. Ya me canso; haz tu deber,

fraile, ejerce en favor mio

tu inaudito poderio;

ó si fuere menester,

á reconocer mis leyes

la fuerza te obligará.
 Si, mi frente nalgada está,
 soy rey; debes á los reyes,
 á las testas coronadas,
 apoyo mas decidido
 que á tanto oscuro afligido,
 que Dios sin tus reiteradas
 súplicas no buscaria
 desde tanta elevacion
 en su polvo.

S. Fran. Iguales son
 ante Dios en gerarquía
 los reyes y los vasallos.
 Como padre su favor
 os debe; pero, señor,
 si os intimidan sus fallos,
 por qué de vuestra conciencia
 los clamores no escuchais,
 y para el alma implorais
 la celestial asistencia?

Luis. No se debe importunar
 á Dios tanto, padre mio;
 si al cuerpo vuelve su brio,
 el alma puede esperar.

S. Fran. Ah! Que los remordimientos,
 y esa llaga abrasadora
 que interiormente os devora,
 conducen á pasos lentos
 vuestro cuerpo al precipicio.

Luis. Cien veces los confesores
 absolvieron mis errores.

S. Fran. Oh diabólico artificio!
 Cuando pesan sobre vos
 treinta años de iniquidades,
 con vanas formalidades
 pensais engañar á Dios?
 Ah! de nuevo confesad
 vuestra afrenta, desdichado,
 y las manchas del pecado
 con la contricion lavad.

Luis. Y sanaré de ese modo?

S. Fran. Es posible que saueis.

Luis. Ah! Si, me lo prometéis.

Os lo voy á decir todo.

S. Fran. A mí?

Luis. Cierto. A mi real
voluntad no os opongais.

S. Fran. Pecador, que me llamais

(*Se sienta, y el rey se queda de pie con las ma-
nos cruzadas sobre el pecho.*)

á este santo tribunal,
hablad pues.

Luis. Hablar no puedo,

(*Despues de haber dicho mentalmente la confe-
sion.*)

y enmudecer es peor.

S. Fran. Qué hicisteis?

Luis. Mi antecesor

al delfin cobró tal miedo,

que murió de languidez

y hambre, lleno de pesar.

S. Fran. Un hijo pudo abreviar

de su padre la vejez!

Luis. El delfin era... yo.

S. Fran. Vos!

Luis. Mas la flaqueza y descuido

lo hubieran todo perdido,

y era fuerza, una de dos,

que la Francia pereciera,

ó su rey, que ciego estaba

y todo lo abandonaba

á un privado; de manera

que la razon exigia

de estado, y sus miras altas...

S. Fran. No disculpeis vuestras faltas,

hijo inicuo!

Luis. Yo tenia

un hermano que tambien,

despues de haberme engañado,

murió...

:

S. Fran. Cómo?

Luis. Envenenado.

S. Fran. Cielos! Por orden de quién?

Luis. Todos sospechan que yo...

Mas si los que vociferan
esto en mi poder cayeran...!

S. Fran. Y es falso?

Luis. Nadie sino

el espectro, que impaciente
de su sepulcro se lanza,
pudiera de tal venganza
acusarme impunemente.

S. Fran. Luego fue cierto?

Luis. Debí

escarmentar la traición.

S. Fran. Y piensa tu corazon (*Poniéndose de pie.*)
escusar su frenesi?

Tiembra, perverso, á tu vez!

Estremécete, inhumano!

Era yo hasta aqui tu hermano,
ya soy tu severo juez.

Aplanado bajo el peso
de tu culpa abominable,
con un llanto interminable
procura igualar su exceso.

Hamilla la cerviz fiera,
y esa frente coronada;
húndete, vuelve á la nada,
magedad precedera!

Del rey mi rigor se olvida;
juzgo al pecador cual es:
pronto, arrójate á mis pies,
arrójate, fratricida!

Luis. Ay! (*Cayendo de rodillas.*)

S. Fran. Arrepiéntete.

Luis. Si!

S. Fran. Y no busques mas disculpa.

Luis. Por mi culpa, por mi culpa!

(*Dándose polper de pechos.*)

tened lástima de mí,

ó padre...!

(Arrastrándose hasta donde está S. Francisco, y asiéndole del hábito.)

S. Fran. Te enmendarás?

Luis. Lo ofrezco, y sin disculparme quiero ante vos acusarme de otro crimen.

S. Fran. Otro más! (Cayendo de nuevo en la silla.)

Luis. Nemur...! Revoltoso fue. Mas su muerte... su atentado está bien justificado... pero del cadalso al pie vertiendo llanto sus hijos... Tres veces contra su dueño tomó las armas; su empeño nos causó males prolijos, y... su vida al deslizarse salpicaba la inocencia de aquellos... Mas la sentencia no debe desaprobarse; era justa. (Poniéndose de pie.)

S. Fran. Calla, insano!

(Haciéndole que se vuelva á arrodillar.)

Luis. Si, fui justo, mas severo. Que me llamen justiciero... no, que me llamen tirano. En el aire el fatal nudo á mis víctimas ahogó; en un pozo destrozó sus carnes el garfio agudo; las ondas fueron tambien mi verdugo; fue la tierra mi carcelero, y encierra bajo estas murallas cien desventurados cautivos en su riñon sepultados, y que gimen olvidados por todos.

S. Fran. Pues estan vivos, pues hay males todavia

que se pueden remediar,
ven.

Luis. Adónde? (*Levantándose.*)

S. Fran. A libertar
á esos presos.

Luis. No, á fé mia!

El interes lo prohíbe.

S. Fran. Mas la caridad lo ordena.

Luis. Por hacer una accion buena,
quereis que tal vez me prive
yo mismo de mi corona?

No puedo hacerlo, soy rey.

S. Fran. Eres cristiano, y la ley
de Cristo no te perdona
si tú no perdonas.

Luis. Ya

de todo me arrepenti;
qué mas exigis de mí?

S. Fran. Lo que salvarte podrá.

Luis. No confesé mis delitos
poniendo en vos mi esperanza?

S. Fran. Hasta ver en tí mudanza
te estan acusando á gritos.

Luis. La iglesia tiene perdones,
los reyes pueden comprarlos.

S. Fran. No permite Dios trocarlos
sino por buenas acciones.

Luis. De derecho se me deben

(*Con el acento de la desesperacion.*)

por mi extraña desventura,
pues no sé que igual tortura
los mas infelices prueben.

De la vida en el ocaso
nada mi dolor modera:
ah! si mostraros pudiera,
padre mio, lo que paso,
lágrimas de compasion
por fuerza os arrancaria:
de mi cuerpo la agonía
es una débil porcion

de aquel suplicio inhumano.
 Quiero estar donde no estoy,
 pero aunque lejos me voy
 huyo de mi mismo en vano.
 Hijo rebelde me veo
 en mi padre, y en mi hijo
 me causo miedo y me aflijo.
 Ningun corazon poseo
 que me profese amistad.
 El miedo retuerce el mio;
 miro á todos con desvio,
 desprecio la humanidad.
 No encuentro un asilo en donde
 librarme de mis tormentos
 y de los remordimientos
 que mi herido pecho esconde.
 Detesto la luz del dia,
 y mis noches son terribles;
 tomando formas visibles
 me engaña la sombra fria;
 me habla el silencio; contrito
 voy á rezar con fervor,
 y me grita el Salvador:
 Qué me quieres tú, maldito?
 Cuando me duermo, en mi pecho
 un gran demonio se sienta;
 si le aparto, me amedrenta
 un puñal no satisfecho,
 hasta sepultarse en mi
 y desgarrarme el costado.
 Me incorporo espeluznado,
 quiero alejarme de allí,
 y al punto nada mi lecho
 en olas de sangre humana,
 que baten con furia insana
 en torno; baja del techo
 un brazo helado, y obliga
 á mi mano al punto mismo
 á hundirse en aquel abismo;
 y para mayor fatiga,

á la superficie siento
subir restos palpitantes,
y piltrafas repugnantes
de mis víctimas sin cuento.

S. Fran. Qué dices? Oh suerte impía!

Luis. Os espantais? Con razon,

Pues estos mis sueños son;
tal es la vigilia mia;
tal mi vida; y al morir
tengo sed de vida; y quiero
vivir mucho cuando muero,
y á toda costa vivir.

Y en estado tan penoso,
ni mas horrible pesar
es el temor de apurar
este caliz ponzoñoso.

S. Fran. Ven, pues, para que ensayando

el perdon de las injurias,
desaparezcan las furias
que te estan atormentando.

Este rasgo de clemencia
el sueño te volverá,
y alguno bendecirá
por lo menos tu existencia.

Ven, hijo.

Luis. No corre prisa.

S. Fran. Y querrá Dios esperarte?

Luis. Mañana.

S. Fran. Puede asaltarte
hoy una muerte improvisa.

Luis. Estoy muy bien encerrado.

S. Fran. Qué importa?

Luis. Bien defendido.

S. Fran. El que de nadie es querido
está nunca bien guardado?

Vamos. (*Queriendo llevársele.*)

Luis. Dejad que resuelva (*Rechazándole.*)
despacio tan gran medida.

S. Fran. A Dios, sangriento homicida,
no esperes que yo te absuelva.

Luis. Qué, me condenais? (Espantado.)

S. Fran. Dios puede
 inflamar tu pecho frio:
 aprovéchate, hijo mio,
 del plazo que te concede.
 Lloro, suplica, porfia,
 alcanza de su piedad
 que te abraze en caridad
 para que á la luz del dia
 vuelvan esos desdichados,
 que mientras á Dios clamabas
 y su bondad implorabas,
 con gritos desesperados
 no dejaban que se oyera;
 haz pues que callen, y espera
 ser de Dios por fin oido.

ESCENA VII.

LUIS, mientras SAN FRANCISCO se aleja.

Padre, padre...! Me abandona.

Cedamos á su entereza;
 pero no, fuera flaqueza
 indigna de mi persona.

(San Francisco, que se habia detenido un instante,
 se retira al oír estas palabras.)

Ah! con tal que mi gran miedo
 algun tanto se modere...

Recemos, pues él lo quiere,
 y gimamos si es que puedo.

(Se arrodiilla en su reclinatorio, pone su sombrero
 á unu de las imágenes de plomo que se ven colgadas allí.)

Virgen santa del Manzano,
 sabes que aunque soy afable
 me mantengo inexorable
 á todo consejo sano.

Prueba pues á Dios que yo
 para poderle servir

con nadie debo partir
 el poder que me otorgó.
 La justicia de los reyes
 debe quedar satisfecha,
 pues con intencion derecha
 promulgan todas sus leyes.
 Castigando á sangre fria
 son dignos de tu piedad:
 cúmplase tu voluntad,
 Dios bueno, y tambien la mia.

ESCENA VIII.

NEMUR *entreabre las cortinas, y permanece inmóvil con el puñal en la mano.*

Nem. Padre, os dejó terminar
 vuestra plegaria!
(Se oye la música de los aldeanos.)

Luis. Quién grita?
(Levantándose despues de persignarse. Se acerca á la ventana.)

Despues del baile cantando
 á sus chozas se retiran
 todos hasta los mas pobres;
 un blando sueño en seguida
 les espera; y yo, infeliz,
 batallando... Dios me asista!

(Se vuelve, y se halla enfrente de Nemur, que se arroja á él.)

Qué ven mis ojos!

Nem. Silencio.

Luis. Ya callo.

Nem. Ni un grito; mira...!

Luis. No gritaré.

Nem. Tu persona
 se encuentra bien defendida
 por sus armas?

Luis. Soy tu esclavo.

Nem. El que aventura sus dias

es pues dueño de los tuyos ?

Luis. Qué quieres ?

Nem. No lo imaginas ?

Luis. Ah ! dilo tú.

Nem. Castigarte.

Luis. Pero júzgame sin ira.

Nem. Yo no soy tu juez.

Luis. Pues quién
sino tú mi juez sería ?

Nem. Quién ? Mi padre.

Luis. Tú.

Nem. Mi padre.

Luis. Ah ! tú solo me castigas ;
tú me juzgas.

Nem. No , yo no ;
mi padre.

Luis. Me mataría...

Nem. Tú pronuncias tu sentencia.

Luis. Oh Dios ! No quieras cumplirla :
sé clemente.

Nem. Seré justo.

Luis. Oye mi ruego.

Nem. Te olvidas
del suyo y su última carta ?

Luis. No sé lo que contenía.

Nem. De aquel lastimoso escrito,
que tal vez te causó risa ,
y le devolviste ?

Luis. Yo ,
Nemur ?

Nem. Qué llevaba encima
del corazón al morir ?
Ah ! Mirale ; en él se cifra
toda mi herencia. Que dé
contra tu dureza inicua
testimonio. Aquí le tienes,
impostor , vuelve la vista ;
es preciso que le leas.

Luis. Piedad , piedad !

Nem. No prosigas :

sin remedio has de leerle,
bajo la punta homicida
de este puñal.

Luis. Yo no puedo...

Nem. Pudo bajo la cuchilla
escribir mi infeliz padre.

Lee como él escribía.

Luis. Es imposible; yo muero,
ese puñal me horroriza;
sí, me deslumbra, me ciega;
ah! con él no me persigas.

Nem. Has de escuchar á lo menos
la carta.

Luis. Virgen divina!

Nem. Escucha, y responderás

lo que de excusa te sirva.

"Mi muy temido y soberano señor: tanto y tan
humildemente como puedo hacerlo me encomiendo á
vuestra piedad y misericordia."

Qué dices?

Luis. Que fui cruel;
pero en este mismo día
quiero, Nemur, á tu padre,
á tí, á toda tu familia,
dar una satisfaccion
la mas solemne y cumplida,
devolviéndote tus bienes
y dignidades antiguas.
Todo lo quiero expiar.
En mi corazon confia,
y verás hasta qué punto
mis dádivas acreditan
mi arrepentimiento.

Nem. Escucha:

"Os serviré tan bien y lealmente, que conoceréis
que estoy verdaderamente arrepentido, y que á fuer-
za de buena conducta quiero enmendar mis faltas."

Qué tal?

Luis. Mi hijo necesita
un apoyo; no le prives
de su padre todavía.

Nem. Escucha :

“ Concededme el perdón á mí y á mis pobres hijos. No consentais que por mis pecados muera yo lleno de ignominia y confusion, y ellos vivan deshonrados y mendigando el pan. Por Dios, señor, tened duelo de mí y de mis pobres hijos.”

Nem. Qué te debieron sus hijos? Responde aprisa.

Luis. Nada, Nemur; pero ahora mi honor y mi fé se obligan á entregarte al vil Tristan, causa de vuestras desdichas.

Nem. “Escrita en la jaula de la Bastilla el último dia de enero...” (*Leyendo.*)

Y cuando de allí salió...

Luis. No recuerdes mi injusticia.

Nem. Lo puedo? Mira tú mismo.

(*Enseñándole la carta con la punta del puñal.*)

Luis. Dónde pues? (*Fuera de sí.*)

Nem. No tan arriba:

léelo esta vez siquiera.

Luis. “Vuestro pobre Santiago Darmañac.” (*Leyendo.*)

Nem. Bien ves, el nombre, la firma del amigo de tu infancia.

Y aquí... su sangre.

Luis. Suspiras?

Lloras, Nemur?

Nem. Mi rencor

te hará pagar la delicia de verme llorar muy cara.

Luis. Con que en fin te determinas...?

Nem. Para que iguale el castigo

á tu barbarie inaudita,

qué pena bastante horrible te impondrá la saña mia?

Luis. Perdón! (*Echándose á sus pies.*)

Nem. Hay una tan solo, una.

Luis. Mi muerte!

Nem. Tu vida!

Quién, yo libertarte de ella?
 Ah! detras de esas cortinas
 te vi sufrir demasiado
 para impedirte que vivas.
 Acaba pues de vivir,
 ó mejor será que diga
 de morir; mas lentamente,
 con las ansias mas prolijas,
 para que tus artificios,
 crueldades y tiranías,
 te amontonen mas tormentos,
 y en cada aurora añadida
 á las pasadas, disfrutes
 nuevamente las primicias
 de tu horrible eternidad.
 Espérala cada día;
 y que justa y despiadada
 venga en fin á la sordina
 á cogerte mas culpable.
 Gran Dios! yo vi sus fatigas,
 yo escuché su confesion;
 á sus súplicas las mias
 junto, ¡oh Dios! para vengarme
 de su saña empedernida:
 que logre su atroz desco,
 que le escuche tu justicia;
 haz un milagro patente,
 la vida, alarga su vida.
 (*Se lanza por la puerta del cuarto de Cotie.*)

 ESCENA IX.

LUIS, y despues TRISTAN. ESCOCHESES. CABALLEROS y
 demas acompañamiento del rey.

*Luis, despues de algunos sonidos inarticulados, ex-
 clama:*

Luis. Socorro, favor, Tristan...

Ay de mí! Que me asesinan:
traigan hachas. Acudid
todos. Matarme quería.
Ya levanta su puñal;
que se le quiten. Aprisa:
que le maten, que le maten;
huyó, pero se cobija
alli, cierto,

(Enseñando el cuarto de Cotie, adonde acude Tristan y los escoceses.)

un asesino;
otro; cuántos! Mil venian.
Cercadme. No me cerqueis,
no. Todos me etemorizan.
No veis? Quién es aquel bulto
que al Crucifijo se arrima?
Y aquella sombra? Buscadla:
en mi alcoba está escondida,
bajo mi lecho. No hay duda;
en voz baja repetian
mi nombre. Y qué, para hallarlos
no bastan vuestras pesquisas?
Pues este cuarto está lleno
de ellos. Huyamos sus iras.
Plaza, plaza, hacedme plaza,
y no me perdais de vista.

(Se arroja fuera del cuarto, y todos corren precipitados y en desorden detrás de él.)



ACTO QUINTO.

Salon del palacio. Tres puertas en el fondo. A uno de los lados un catre, y junto á él una mesa. -- Al correrse el telon los cortesanos hablan en voz baja, como quien espera un grande acontecimiento; unos pasean, otros sentados ó de pie forman corrillos; el mas numeroso rodea al delfin, que llora.

ESCENA PRIMERA.

EL DELFIN. EL CONDE DE LUDA. TRISTAN, EL DUQUE DE
CRAON. CRAWFORD, CORTESANOS.

Luda. Cómplice Cotie! (*A Craon.*)

Craon. No hay dnda.

Luda. Es posible?

Craon. Y tan posible.

Luda. Preboste, qué intento horrible! (*A Tristan.*)

Tris. Horrible, conde de Luda.

Mas hoy los dos morirán,
con tal que asi lo resuelva
el amo cuando en sí vuelva.

Asegurados estan
mientras con grillos y esposas.

Luda. Pero el rey se está muriendo,
segun dicen.

Tris. Yo no entiendo
por qué dicen esas cosas.

Craon. El rey va perfectamente.
Quién lo contrario imagina?

Luda. No me da muy buena espina
que venga aqui tanta gente.
Llamados estan los pares,
y tambien el parlamento:

esto indica monumento
y responsos á millares.
Muy cerca la muerte andaba,
y es facil en esta pieza
ver el reinado que empieza
frente á frente del que acaba.

Un criado de palacio. Señores, el rey ahora
recibe la Extrema Uncion.

(*Todos se levantan, y el delfin se arrodilla.*)

Delf. Padre! padre! qué afliccion!

Quizá dentro de una hora
te habré perdido.

Un cortesano. No veis

(*De manera que lo oiga el delfin.*)

qué buen hijo?

(*Silencio durante algunos momentos.*)

ESCENA II.

DICHOS. COMINES.

Com. Pronto, un page. (*Con dos pliegos en la mano.*)

El rey quiere que el mensaje

(*A uno de los que se presentan.*)

que os doy, al duque lleveis
de Orleans en este dia.

Y vos al conde su yerno (*A otro.*)

este aviso del gobierno.

Luda. Cuanto tengo apostaria (*A Craon.*)

á que los dos postillones

alborotarán el mundo.

Ni valdrán del moribundo

monarca las intenciones.

Craon. La condesa por su parte

usará de diligencia.

Luda. Y cederá la regencia

el duque? Si quiere Marte.

Un cortesano. Pero á quién habeis pensado

socorrer en esta empresa?

Luda. Yo al duque.

Craon. Yo á la condesa.

Com. Y quién socorre al Estado?

(*Oyéndolos y reflexionando.*)

Otro cortesano. Hablad bajo, porque está el delfin muy afligido.

Crawf. Mucho crece su partido;

(*Paseándose con Tristan.*)

amigo, el rey se nos va.

Tris. Como Dios sanarle quiera todo lo sabrá por mí.

Luda. No lloreis, señor, así; (*Acercándose al delfin.*)
os habla la Francia entera por mi boca.

Com. Si os dignais olvidar el proceder de Nemur.

Delf. Qué puedo hacer?

Com. Basta que me permitais decir á cierta persona una palabra, tomando vuestro nombre.

Delf. Yo os lo mando, pues la virtud os abona.

Com. El delfin por los dos reos, (*A Tristan.*) gran preboste, se interesa.

No teneis que daros priesa.

Tris. De su alteza los deseos son órdenes para mí.

Craon. Aquí viene el cardenal.

ESCENA III.

DICHOS. EL CARDENAL DE ALBI, que sale del cuarto del rey.

Delf. Y mi padre?

Albi. Señor, mal.

Delf. Pues cómo?

- Albi.* No ha vuelto en sí,
y ni siquiera se mueve.
Mas con anticipacion
le dimos la absolucion.
Esto consolaros debe
en infortunio tan grave,
pues que su cristiano celo
y su caridad, del cielo
llevan consigo la llave.
Quién tuvo intencion mas sana?
Quién mas dadivoso fue?
Que Dios á todos nos dé
una muerte tan cristiana.
- Luda.* Será fuerza resignaros (*Al delfin.*)
al disgusto de enterrarle.
- Albi.* Al tormento de heredarle.
- Craon.* Al dolor de coronaros.
- Delf.* Y morirá sin echarme
siquiera la bendicion?
- Com.* Sois digno de compasion!
- Delf.* Sin verme, sin abrazarme!
- Luda.* Es una gran crueldad,
mas nada tiene de extraño:
siempre fue con vos uraño.
- Delf.* Aunque eso fuese verdad,
yo, señores le venero.
- Albi.* Vos le podeis defender;
mas debemos conocer
nosotros que fue severo.
- Com.* Mil veces aventurando
mi dignidad y privanza,
se lo he dicho en confianza.
- Albi.* No quiere soltar el mando (*A Craon.*)
el árbitro de Argenton;
el delfin le aprecia, y él
hace muy bien su papel.
- Craon.* Sabe mudar de patron.



:

ESCENA IV.

DICHOS. OLIVEROS.

Oliv. En fin, nos le vuelve el cielo.

Ya su magestad respira!

Delf. Padre amado! No es mentira!

Oliv. Gracias á nuestro desvelo,
no habrá luto riguroso.

Delf. Oh felicidad!

Luda. Oh encanto!

Albi. El cielo oyó nuestro llanto!

Craon. Sois un hombre delicioso! (*A Oliveros.*)

Oliv. Sí, amigos, no hay que temblar;

ya recobró su sentido;

de mi brazo y cuello asido

se acaba de levantar,

y ha dado con gran valor

dos ó tres pasos. Ahora

el fastidio le devora,

y para adquirir vigor

quiere mudar de aposento,

y venirse por su pie

al lecho que allí se ve.

Mas ordena que al momento

se vayan todos de aqui.

Delf. Todos? Oh terrible afau!

Oliv. A Comines y á Tristan

manda quedar.

Delf. Ay de mí!

Y á nadie mas?

Oliv. No señor.

Delf. No quiere ver á su hijo!

Oliv. A los dos tan solo dijo;

mas yo seré mediador

para que tengais en breve

la dicha de saludarle.

Delf. Mucho, si puedo abrazarle,

- os deberé.
Com. Mucho os debe
 mi gratitud.
Tris. Y la mía.
Albi. Y la de toda la Francia,
 pues en esta circunstancia
 es general la alegría.
Un criado de palacio. Ya ha llegado el parlamento.
Delf. A recibirle salgamos.
Albi. Señor, á Dios bendigamos.
Delf. Nunca estuve mas contento.
Luda. Un rey en morir tan duro (*A Craon.*)
 nos expone á mil trabajos;
 con estos altos y bajos
 ningun hombre está seguro.

ESCENA V.

COMINES. OLIVEROS. TRISTAN.

- Oliv.* Ya estamos solos.
Com. Y qué?
Tris. Vivirá?
Oliv. Delante de ellos
 me pareció que debía
 decirlo.
Tris. Pero no es cierto?
Oliv. Es dudoso; si le vuelve
 el síncope no hay remedio,
 no es posible que resista
 su debilitado cuerpo
 otra congoja. Pregunta
 por Cotie.
Tris. No lo debemos
 extrañar. Por eso yo
 antes de llevarle preso
 dejé que me repitiese
 tercera vez el precepto.
Com. Y qué dice de Nemur?

Oliv. No se acuerda.

Com. Quiera el cielo

que la muerte le prohiba
cometer algun exceso.

Oliv. Mas quiere ver á Cotie.

Com. Y cómo os habeis compuesto?

Oliv. Fingí que no le entendia
para salir del aprieto.

Su cabeza no está firme,
y muda de pensamiento
cien veces; dice una cosa,
y poco despues lo opuesto:
pregunta, y casi no atiende;
recuerda, y olvida luego:
para acreditar que reina
quiere asistir al consejo,
y á fuerza de ostentacion
procura ocultar su riesgo.
La corona y los armiños
del manto con grave peso
cargan su trémula frente
y sus encorvados miembros.
Pálido, la vista muerta,
y en los dobleces envuelto
de su mortaja real,
se arrastra con paso incierto
aparentando andar solo:
mas ay! á pocos esfuerzos
se deja vencer, y cae
sin calor y sin aliento.
Y sin embargo al cerrar
los ojos dice gimiendo:
"De veinte años á esta parte
nunca me encontré tan bueno."

Tris. Será preciso pensar
en nosotros, caballeros.

Oliv. Hagamos causa comun.

Com. Hacedla. Yo compadezco
vuestra suerte, pues no dudo
que os juzgue el nuevo gobierno

con grande severidad.

Oliv. Os ha dicho el Evangelio. (*A Tristan.*)

Tris. Pienso que habló con los dos.

Oliv. Fue demasiado ligero
vuestro brazo; dareis cuenta
de muchos padecimientos,
de mucha sangre vertida.

Tris. Algunos contribuyeron

á tan sanguinarias obras.

Oliv. Pues cómo puede ser eso?

Yo en la ejecucion no tuve
parte.

Tris. Ni yo en el consejo.

Oliv. A mí todas mis acciones

legales me parecieron.

Tris. Legales!

Oliv. Como las vuestras
unos delitos horrendos.

Tris. Delitos...!

Com. Por Dios!

Tris. Un vil
adulador!

Com. No tan recio.

Oliv. Un verdugo!

Com. Qué imprudencia!

Guardad para mejor tiempo
ese altercado.

Tris. Ninguno
es digno de vituperio
sino el rey.

Com. Tristan!

Oliv. No hay duda;
yo lo confirmo.

Com. Oliveros!

Tris. Él fue la causa de todo.

Oliv. Mucho.

Tris. Fuéramos muy necios
en ocultarlo.

Com. Siquiera
esperad á verle muerto,

y se lo echareis en cara :

miradle, no estaba lejos.

Tris. Ya no es mas que un espantajo.

Oliv. Que nos le devuelva el cielo,

y salve de esta manera

al mas compungido reino.

ESCENA VI.

DICHOS. LUIS, apoyándose en algunos criados, llega lentamente, y de pronto se para.

Luis. Esos hombres quiénes son?

Oliv. Nosotros, vuestro Oliveros...

Luis. Eres tú, amigo?

Oliv. Comines

y Tristan.

Luis. Ya, ya los veo;

sí, los distingo muy bien:

te parece que estoy ciego?

Caballeros, buenos dias.

(*Se apoya en el respaldo de un sillón.*)

Voto va! dejadme suelto. (*A los criados.*)

Me hace falta vuestro apoyo?

(*Les hace señal de retirarse.*)

Oliv. Descansad.

Luis. Otro emheleco! (*Sentándose.*)

Estoy débil por ventura?

Oliv. Quién, vos? El extremo opuesto.

Luis. Lo que ejecuté una vez,

podré repetir si quiero.

Oliv. Ya se ve que sí, señor,

y mucho mas.

Luis. Yo lo creo.

Com. Sin embargo, nunca abusa

de su fuerza el hombre cuerdo.

Luis. Yo no abuso. Por qué está

(*Volviendo la vista á Tristan.*)

esotro sin movimiento,

mirándome de hito en hito,

y tan opaco de gesto?
 Me encuentra desfigurado?
 Os lo ha dicho?

Tris. No por cierto.

Me pareceis grandemente.

Luis. Y sino te lo parezco,
 te engañas mucho, compadre.
 En este cuarto me encuentro
 (*Se va quedando dormido.*)
 mas á mi gusto: es mas ancho;
 respiro.

Oliv. Se está durmiendo.

Com. Os acordais que los tres
 juramos en otro tiempo
 advertirle al acercarse
 el fin de su vida?

Tris. Y eso
 para qué puede servir?

Com. En los últimos momentos,
 mas débil su voluntad,
 puede ejercer un imperio
 tal vez útil.

Oliv. Sí, dejando
 alguna prueba de afecto
 á un amigo.

Tris. Si es así,
 desengañémosle presto.

Luis. Vela sobre mí, Tristan. (*Siempre adormecido.*)

Tris. Señor, no tengais recelo.

Oliv. Y quién se lo ha de decir?

Tris. Uno que parezca diestro;
 algun hombre de su gusto,
 que tenga bastante ingenio
 para amortiguar el golpe
 que recibirá el enfermo:
 vos, verbi gracia.

Oliv. Por mí
 estoy pronto.

Com. Pues hacedlo.

Oliv. Pero si le quiero tanto!

Vereis cómo me enternezco,
 y lo echo todo á perder.
 Le pudiera ser funesto
 mi amor. Lo que se requiere
 es un hombre firme, entero;
 y cuanto mas reflexiono,
 no hay duda, mas me convenzo
 de que semejante encargo
 os toca á vos de derecho,
 Comines.

Com. Enhorabuena;
 si os parece que yo debo...
 Mas para qué prolongar
 de ese modo su tormento?
 conviene mas por él mismo
 ir en derechura al hecho,
 y cualquiera... vos, Tristan,
 decidsele sin rodeos.

Oliv. Y el Señor os ilumine.

Tris. Convengamos, caballeros,
 en que la cosa es difícil
 de decir.

Oliv. Yo no lo niego.

Luis. Para qué bajais la voz?

Oliv. Estábamos un momento
 de vuestra salud hablando.

Luis. Señores, os lo agradezco.

Tambien Cotie deberia
 de mi restablecimiento

alegrarse con vosotros.

Hace tiempo que le espero,
 y no viene. Dónde está?

Tristan, llámale corriendo.

Tris. Pero bien sabeis...

Luis. Bien sé

que te he dicho lo que quiero.

Tris. Pues entonces...

Luis. Obedece. (*Vase Tristan.*)

ESCENA VII.

DICHOS, menos TRISTAN.

Luis. Hoy me hará mucho provecho
el ejercicio á caballo.
Esta mañana me siento
con fuerzas para probar
el potro color de fuego,
que Ricardo me envió
desde Inglaterra. Oliveros,
dile á mi caballerizo
mayor que le ensillen presto.

Oliv. Y quereis...?

Luis. Seguir la huella
de un venado. Di muy recio
que al instante va á salir
el rey á caza.

Oliv. Primero
fuera, señor, conveniente...

Luis. Despacha.

Oliv. Tomar consejo
de Cotie.

Luis. Qué, no te fuiste?

Com. Vuelve á querer con empeño.

ESCENA VIII.

LUIS. COMINES.

Luis. De qué me sirve este fausto?
(*Apartando de sí el manto que trae puesto.*)
Quién sin mi consentimiento
hizo para incomodarme
tan importunos esfuerzos?
Esta corona me estorba.
(*Quitándosela y dándosela á Comines.*)

Ponla al lado de su dueño;
mas cerca, mas todavía;
que mis ojos la esten viendo,
que pueda poner la mano
encima de ella.

Com. No creo
que se atreverá ninguno
á tocarla.

Luis. No por cierto.
Quien te toque morirá. (*Señalando á la corona.*)
Ya lo saben todos ellos.

ESCENA IX.

DICHOS. COTIE. TRISTAN.

- Cot.* Yo se lo diré, yo mismo.
Luis. Es Cotie? Cuánto me alegre!
Amigo Cotie, de dónde
vienes?
Cot. Que de dónde vengo?
Vive Dios que es necesario
ser virtuoso en extremo
para responder con flemma
á un escarnio tan sangriento.
De dónde vengo, decís!
Luis. No hay duda: quiero saberlo.
Cot. Pues estas manos heridas
por un comitre grosero,
y en las cuales se conserva
viva la señal del hierro,
no dicen de dónde salgo?
Luis. Yo no acabo de entenderlo.
Vienes tal vez...?
Cot. De la cárcel.
Luis. Tú!
Cot. No lo sabeis?
Luis. Tú preso!
Quién mandó que te arrestaran?

Cot. Vos.

Luis. Es falso; yo sostengo...

Cot. Vos fuisteis, en mi presencia;
vos mismo, viven los cielos!

Luis. Cuándo? Por qué?

Cot. Suponerme

á medias en un proyecto
semejante! Si tan baja
traicion cupiese en mi pecho,
quién me impidió asesinaros?
Qué brazo se hubiera puesto
entre los dos? No podia
sin armas haberos muerto?
sin dejar rastro ninguno?
Mas buscar un compañero,
un cómplice que lo hiciera!
Introducirle en secreto
detrás de vuestras cortinas...!

Luis. Espera... Qué horrible sueño!

Anoche... En mi alcoba... Un hombre...

Cot. Un desgraciado.

Com. Silencio. (*En voz baja al médico.*)

Cot. Que no consumó el delito;

y estando con el acero
levantado, perdonó
á su víctima, al objeto
de su furor...

Luis. Un puñal!

Nemur! Ah! Sí, ya me acuerdo.

No hay perdon para Nemur.

Com. Imprudente, qué habeis hecho!

(*A Cotie en voz baja.*)

Cot. Yo?

Com. Del todo se le habia
olvidado.

Cot. Santos cielos!

Luis. Seguramente procedes
como amigo verdadero,
recordándome el delito
y al vil regicida. Ha muerto? (*A Tristan.*)

Tris. No señor.

Luis. Cómo!

Tris. Esperaba...

Luis. Traidor, aun vive!

Tris. No tengo
yo la culpa.

Luis. No la tienes!

Tris. Señor, bien podeis creerlo:
el delfin, manifestando
compadecerse del reo,
me pidió que suspendiese...

Luis. Malvado! Qué estás diciendo?

Tú suspender un castigo
que me venga! Tú un decreto
de tu rey! Extraño modo
de disculpar vuestros yerros!

Pero qué es lo que ha pasado
en este alcázar? Sospecho
haber entendido mal.

Piensan que bajó mi cuerpo
al panteon de Cleri?

Y mi hijo, acaso debo
por su desgracia temerle?

Ah! Si demasiado presto
quiso reinar, es dudoso
que reine. Vengarme ofrezco...

Cot. Basta ya, señor; dejaos
de amenazas y proyectos
de venganza. En Dios ahora
es preciso que pensemos.

Sí, debeis volver á Dios
todos vuestros sentimientos,
porque llegó vuestra hora.

Luis. Eh! Qué dices? (*Volviendo á caer en el lecho.*)

Cot. Os protesto
que es este el último día
que os ha concedido el cielo,
y ninguno mas os queda.

Luis. Y tambien para mi preso,
fuere de mí lo que fuere,

este día es el postrero.
Mas no dijiste verdad;
yo tan malo no me encuentro.

Cot. Por el sol que nos alumbra
os juro, señor, que es cierto
mi aviso. Considerad
lo que haceis, en el supuesto
de que vais á responder
hoy mismo de vuestros hechos.

Luis. No importa nada. Que muera, (*A Tristan.*)
ó lo pagaré tu cuello.
Vé.

Com. Tristan...! (*A Tristan en voz baja.*)

Tris. Amigo mio,
ya veis que yo soy primero. (*Vase.*)

ESCENA X.

DICHOS, menos TRISTAN.

Luis. Morir hoy? Es imposible!
Nada siento que me espante;
está lejos el instante,
el instante mas terrible:
confiésalo.

Cot. Cómo puedo,
si os he dicho la verdad?

Luis. Yo estoy á la extremidad!
Oh consternacion! oh miedo!
Mi sangre se hiela y cuaja,
y deja en el pecho mio
un espantoso vacío.
Preparadme la mortaja;
id á llamar al delfin.

Com. Yo voy.

Luis. No tan pronto, espera;
si me ve de esta manera
se abalanzará al botin. (*Señalando la corona.*)
Que me ahogo! Ay de mí! Yo

voy á perder el sentido.
 Es solamente un vahido;
 pero no la muerte, no.
 Mi buen Cotie, yo te imploro;
 tu amistad no me desaire;
 que me den aire; por aire
 trueco todo mi tesoro.
 Yo te le doy para tí,
 pero sálvame, por Dios!
 Qué angustia! que horrible tos! (*Tose débilmente.*)
 No será la muerte?
 (*Se deja caer en el lecho sin movimiento.*)

Cot. Sí.

Com. Socorredle con presteza, (*A Cotie.*)
 y procurad si es posible
 retardar su fin terrible.
 Voy á buscar á su alteza.

ESCENA XI.

LUIS. COTIE.

Cot. Por fin ya libre quedé.
 (*Despues de haberle considerado un rato sin hablar palabra.*)
 Sus labios, sus turbios ojos
 (*Pasa la mano por el rostro del rey, y le levanta los párpados*)
 son de la muerte despojos.
 En su semblante se ve
 pintada la destruccion.
 Es un mármol: ya no existe.
 (*Cogiéndole un brazo, que cae luego que le suelta.*)
 Y Nemur... Ay de mí triste!
 (*Poniéndole la mano en el corazon.*)
 Palpita su corazon;
 y vivo salir pudiera
 de aquesta lucha reciente.
 Cierto, si yo nuevamente

le animara. Bien lo hiciera ;
mas si añado á sus contadas
horas una de tormento,
la suma horrible no aumento
de sus maldades pasadas ?
No apresuraba el castigo
de Nemur hace un instante ?
No cuentes en adelante,
naturaleza, conmigo.
Yo te cedo el importuno
cuidado de su agonía :
este rey por culpa mia
ya no matará á ninguno.
Tú puedes, si tan malvada
empresa te da contento,
disputar por un momento
sus despojos á la nada ;
pero que yo contribuya
á tal obra, no lo esperes :
defiéndele tú, si quieres,
siendo la vergüenza tuya.
Estoy ya muy harto de él,
y aunque su reino me diera,
cómplice tuyo no fuera
en este antojo cruel.

ESCENA XII.

LUIS. EL DELFIN. COTIE. COMINES. OLIVEROS, y varios
CORTESANOS.

Delf. Qué ? Mi padre me llama ? Darne quiere
sus brazos ? Ay de mi ! Será ya tarde ?
No respondeis ? Vuestro silencio prueba
mi desventura. Ya murió. Dejadme.
Durante un breve rato, sin testigos
á mi justo dolor quiero entregarme.

Com. Señor...

Delf. Dejadme todos : yo lo mando.

ESCENA XIII.

LUIS, EL DELFIN. *Este de rodillas junto al lecho.*

Delf. Oh mi padre! Oh mi rey! Vedme delante de vos arrodillado. Si en el cielo ois nuestros suspiros, nuestros ayes, acoged los que arranca vuestra muerte al corazon del hijo mas amante. De vos desconocido, respetando vuestro rigor, jamas para culparle recordó sus efectos. Mas bien quiso de ignorados errores acusarse, que censurar vuestra prudencia angusta; y sin embargo nada fue bastante para ablandaros: esta mano fria que riego con mis lágrimas, y en valde procuro caldear, es pues la muerte, y no el afecto natural de padre, quien me deja solícito besarla! Y para que este brazo no rechace á vuestro hijo, ha sido necesario que se hiele y no corra en él la sangre.

(Se levanta.)

Yo contemplar ansioso la corona, afrenta de ese livido semblante! *(Toma la corona.)* Como un fatal presente la recibo de vos. Ojalá pueda sin doblarme sufrir su grave peso, y algun día ser digno de ceñirme sus diamantes! Mas quién sin mi licencia se introduce...?

ESCENA XIV.

DICHOS. MARÍA, *que se arroja á los pies del delfin, y le presenta el anillo que éste le dió.*

Maria. Piedad, señor; Tristan quiere matarle.

Ah! Revocad una sentencia injusta :
 señor , piedad : vuestro poder es grande.
 Conocéis esta dádiva ? Que sea
 para Nemur la prenda que le salve.
 Nemur va á perecer , y su existencia
 es la mia. Clemencia : perdonadle ,
 perdonadle , señor ; el delfin mismo
 lo prometió , y el rey debe acordarse.

Delf. Serénate , Maria ; el rey se acuerda ,
 y perdona magnánimo á tu amante.
 (*Poniéndose la corona.*)

(*Hácia el fin de la escena anterior , y durante la actual , Luis , que ha ido volviendo en sí por grados , hace algunos movimientos , alarga el brazo para buscar la corona ; despues se incorpora y echa una ojeada al rededor de sí . Apoyándose en la mesa se arrastra hasta donde está el delfin , y le pone la mano en el hombro . Éste da un grito y cae de rodillas en el suelo al lado de Maria.*)

Luis. No , no me la volvais . Llegó mi hora.
 (*Al delfin , que quiere volverle la corona.*)
 Acepto este dolor que me guardaste ,
 gran Dios ! y te le ofrezco humildemente.
 Ya mi hijo de mí vengó á mi padre.

ESCENA XV.

DICHOS. SAN FRANCISCO DE PAULA. COMINES. OLIVEROS.
 EL CARDENAL DE ALBI. EL DUQUE DE CRAON. EL CONDE
 DE LUDA. EL CLERO. LA CORTE. EL PARLAMENTO.

Luis. Ligad. Para él el reino de las lises ,
 y para mí el del cielo , si lograrle
 pudiere. Vos , oid lo que os enseña (*Al delfin.*)
 mi voz , que para siempre va á apagarse.
 Haced lo que escribí , no lo que hice.
 Engrandecerme quise y ensalzarme ,
 y lo logré ; pero pagó la Francia

barto cara esta gloria exorbitante.
Os la dejo tranquila y prepotente;
hacedla vos feliz. Nunca se aparte
vuestro interes del suyo. Honrad á Roma,
y nada le cedáis. Por fuerte y grande
que os encontréis, amad al que os resista,
y crédito no deis al que os alabe.
Si es fuerza castigar, la ley castigue;
si el perdon es posible, que el rey hable.

Maria. Que hable para Nemur!

(*En tono desesperado.*)

S. Fran. Dios os contempla,
señor, en ocasion tan importante;
dad por fin el precepto y el ejemplo.

Delf. Tened misericordia, amado padre.

Luis. Y en el dia del juicio podré hallarla?

(*A S. Francisco.*)

S. Fran. A Dios respondereis de cada instante
que pasa. Apresuraos.

Luis. Yo perdono.

Maria. Perdon! Perdon!

(*Parte como un rayo diciendo estas palabras; pero
al salir de la eccena se le presenta Tristan, y ella re-
trocede aterrada exclamando:*)

Ay infeliz!

Tris. Ya es tarde;

ha dado el alma á Dios.

Maria. Nemur! (*Cae privada de sentido.*)

Luis. Que nunca

este verdugo espere! Castigadle;
y tambien á ese vil, cuyas lisonjas

(*Señalando á Oliveros.*)

me hicieron cometer muchas maldades.

Á su juez en la tierra los entrego,
para que el mio quiera apaciguarse

(*Juntando las manos.*)

y ser conmigo menos riguroso.

La absolucion á toda prisa ebadme:

(*A S. Francisco de Paula, arrodillándose.*)

Dios me espera, rogadle por mi alma

inmortal, padre mio; que se salve
de las llamas. De todo me arrepiento;
de corazon humilde, en este trance
me repugna el poder y la grandeza;
ved como la desprecio; aunque tornase
á la vida... jamas... Qué es la corona?

(Poniéndose de pie.)

Un humo, vanidad de vanidades;
la nada... sí... rezad... yo quiero... mando...

(Titubea, y cae muerto al pie de la cama.)

Cot. Comines, esto es hecho, ya es cadáver.

(Poniendo una rodilla en tierra, y aplicando la
mano al corazon del rey.)

Delf. Padre!

(Comines, separándose del sillón en donde atendia
al cuidado de su hija, se inclina y dice al delfín:)

Com. Señor, no existe ya!

Un heraldo. "El rey ha muerto, el rey ha muerto."

(En tono y voz solemnes.)

(Toda la corte corriendo hácia donde está el delfín.)

"Viva el rey!"

S. Fran. Hijo mio,
meditad sus consejos saludables;
considerad su fin, y reinad sólo
para felicidad de los mortales.



FIN.

Esta tragedia es propiedad legitima de su editor, quien perseguirá ante la ley á quien la reimprima.